MARÍA MORRISON DE PARKER

NOVELA

# EL PADRINO DE CECILIA

O. M. BERTANI
EDITOR.

# El padrino de Cecilia

NOVELA

TALLERES GRÁFICOS «EL ARTE», DE O. M. BERTANI
RECONQUISTA, 195

MARÍA MORRISON DE PARKER

# EL PADRINO DE CECILIA



NOVELA






O. M. BERTANI — EDITOR

1908

# Dos palabras

La autora de este libro me ha hecho la distinción inmerecida de pedirme mi opinión imparcial sobre su mérito literario.

Mi excusación estaría justificada por mi poca salud y mi notoria insuficiencia para ocuparme de asuntos de tal índole, pero atendiendo al título de colaboradora de *El Fogón* con que la señora Parker se ha hecho acreedora muchas veces á mi especial consideración por sus interesantes trabajos, hago una excepción y un esfuerzo, no para ofrecer á los lectores un juicio crítico del libro, sino para decirles con mi habitual imparcialidad y franqueza

que á El padrino de Cecilia, sólo le falta para ser una novela completa, algo más de desarrollo en la trama y el argumento, pero que eso no obstante, es un libro digno de leerse; hay en él descripciones de personajes que como Margarita y Don Pedro, á quienes podemos llamar protagonistas, acusan mano maestra en el colorido y un conocimiento no vulgar del corazón humano para llegar á un fondo de moral que lo hace aún más interesante.

Los que dedican sus horas de descanso al provechoso placer de la lectura, encontrarán ameno entretenimiento recorriendo las páginas de El padrino de Cecilia, que denotan la inteligencia y el buen gusto de la señora Morrison de Parker, que honra con su talento las letras uruguayas.

Felicito, pues, á la autora del libro, animándola para obras de mayores alientos,

y lo recomiendo al público como *buena factura,* persuadido de que hago justicia y de que no contribuyo á que se haga pasar gato por liebre.

Alcides De María

Montevideo, Marzo de 1908.



Nota: — Pocos meses antes de su fallecimiento, el inolvidable escritor nacional don Alcides De María, trazó, con pulso ya tembloroso, las líneas que sirven de prólogo á esta modesta obrita. Al darla hoy á la publicidad, vaya un recuerdo de gratitud á su memoria.

*La autora.*

I

## UNA FAMILIA POBRE

Una desapacible tarde de invierno, al volver Margarita de la fábrica de ropa blanca donde trabajaba, parecía más triste que de costumbre.

Sus mejillas encendidas y sus ojos hinchados indicaban claramente que había llorado; sin embargo á las preguntas inquietas de su madre, contestó que no tenía ningún pesar.

La señora pensó que su hija no era franca al afirmar que nada la afligía; pero conocedora de su noble carácter y de la pureza de sus sentimientos, no quiso insistir. Solamente al ver que Margarita se disponía á tomar la costura para ayudarla, le dijo con cariño:

— No trabajes más, hija. Debes estar cansada de la tarea del día.

— ¿ Cansada ? — dijo la joven, con una sonrisa que quiso hacer alegre. Te equivocas, mamá; hoy no ha sido día de mucho trabajo

en la fábrica. Además — agregó con tono ligeramente amargo — no tenemos más remedio que concluir la costura y de ninguna manera quiero que toda la tarea sea para ti.

La madre no contestó; miró algunos instantes á Margarita con intensa expresión de ternura y volvió á reanudar la tarea, sin separar más la vista de su labor.

Margarita la imitó; pero, con ese maravilloso poder de la juventud, mientras sus ágiles dedos unían primorosos encajes, su imaginación echó á volar lejos... muy lejos de la costura, pasando revista á todos los acontecimientos de su vida.

¡Y no fueron, por cierto, risueños los pensamientos de la pobre niña!... Sólo muy vagamente, como una lejana visión, recordó los primeros años de su infancia pasados en la opulencia, luego fué evocando con más claridad, primero la escasez y más adelante la pobreza, hasta llegar al presente en que la miseria golpeaba á las puertas de su infortunado hogar. Recordó su educación interrumpida y como su madre, que hubiera querido hacerle seguir la carrera del magisterio, tuvo que renunciar á esta idea por falta de recursos con que pagar maestros y comprar libros, viéndose por fin obligada á ponerla á coser en una fábrica de ropa blanca.

Y aquella tarde, había recibido una herida profunda en el corazón, ¡en su pobre corazón de diez y seis años que tanto había sufrido ya! Algunas de las muchachas, que trabajaban en el taller, se habían propuesto jugar una mala pasada á la directora, comunicando la idea á Margarita, que se opuso terminantemente, afeándoles además tal comportamiento.

Entonces aquellas muchachuelas mal educadas la habían colmado de injurias, llamándola orgullosa y diciéndole que, aunque se daba « muchos aires », valía menos que ellas pues su padre no había sido otra cosa que un jugador, un ebrio: un perdido, en una palabra.

Al oir hablar tan sin respeto de su padre muerto, Margarita sintió impulsos de arrojar cuanto tenía á mano sobre sus perversas compañeras... y en la imposibilidad de hacerlo se había mordido los labios hasta hacerse sangre para contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Pero una vez en la calle había llorado á sus anchas, protegida por el tupido velo de crespón que le ocultaba el rostro pues su padre hacía apenas ocho meses que había muerto

Ya en su casa, no quiso afligir á su madre contándole sus penas. Por eso trataba de disimular la angustia que la oprimía entre-

gada al trabajo y contestaba tranquilamente á las preguntas que de cuando en cuando y sin interrumpir la tarea, le dirigía su madre.

Poco á poco la débil luz de la tarde se fué amortiguando; ya no se veía para trabajar...

Entonces la madre se levantó y se dirigió á la cocina; una niña de once años, que era la que seguía en edad á Margarita, trajo luz y puso sobre la pobre mesa de pino un mantel zurcido en varias partes, pero muy blanco, y algunos platos y cubiertos. Luego fué á llamar á sus demás hermanitos para tomar un poco de sopa, único manjar que les permitía aquella noche su pobreza y que á veces no les permitía tampoco.

Margarita, su madre y cuatro criaturas más, tres niñas y un varón, se sentaron á la mesa y muy pronto terminaron aquella colación más que frugal. Rodolfo, el hijo mayor, comía en la casa de comercio donde estaba empleado y no venía hasta más tarde.

Concluida la pobre cena, madre é hija volvieron á reanudar su tarea, mientras las dos niñas mayorcitas que contaban una once años, como ya he dicho, y la otra nueve, pusieron todo en orden y fueron á la cocina para lavar la loza; y cuando hubieron concluido, la de más edad, cuyo nombre era Julieta, vino á ayudar en la costura. La otra niña y el varón tomaron sus pizarras y cuadernos

para hacer los deberes que debían presentar, al día siguiente en la escuela pública, donde su madre los enviaba. Julieta no asistía ya pues tenía que ayudar á coser á su madre y á su hermana.

La más pequeña de los hermanos, que contaba cinco años apenas, se había quedado dormida, con la rubia cabecita apoyada sobre la mesa, y, á una señal de su madre, Julieta la tomó en brazos para llevarla á acostar.

Margarita y su madre prosiguieron activamente la tarea, sin embargo la señora parecía distraerse por momentos, abandonaba la costura y fijaba con cierta ansiedad, la vista en el hermoso rostro de su hija mayor, como si quisiera revelarle algo de importancia; pero luego se contenía y sólo le dirigía la palabra sobre asuntos indiferentes.

Al dar las nueve, la madre mandó acostar á sus hijos menores y quedó sola con Margarita, que había concluido su tarea y apoyaba, fatigada, en su pequeña mano, su blanca frente coronada de rizos oscuros.

Era en verdad, una niña muy hermosa Margarita; alta y admirablemente formada, á pesar de que el trabajo y las privaciones la habían adelgazado. Sus facciones, suaves y correctas, estaban como iluminadas por unos ojos pardos, rasgados y de mirar dulcísimo. Negras y sedosas pestañas parecían formar

sombra á sus mejillas, apenas teñidas de un leve matiz de rosa; sus cejas finamente dibujadas, su boca pequeña que mostraba al sonreirse preciosos dientes y una abundante y ordenada cabellera color castaño oscuro, acababan de dar realce á aquel rostro encantador, de expresión inteligente y dulce á la vez.

La madre era también hermosa todavía; pero estaba ajada y marchita. Su rostro, lo mismo que el de la joven, revelaba aquella noche profundo cansancio; sin embargo, al dar la última puntada, sonrió á Margarita y le dijo:

—Ya hemos concluido, mi querida. ¿Estás cansada, verdad ?.

—¡No! Yo soy joven y fuerte... pero tú, pobre mamá, que no gozas de buena salud!... Necesitarías descansar y no es posible... ¡Ah! ¡los ricos deben ser muy dichosos!

¿Tienes esa convicción?

—Tengo la convicción de que si la riqueza no basta por si sola para dar la felicidad, á lo menos contribuye poderosamente á formarla, así como también creo que en la pobreza, no hay felicidad posible.

—¡Pobre, hija de mi alma!... Yo no pensaba así, á tu edad.

—Porque tú, aunque tus padres, según me has contado, no eran ricos, no carecías de nada. Tú no veías á tu madre enferma traba-

jando continuamente, á tus hermanos privados de lo más preciso; hasta de la educación! ¿Cómo habías de pensar así?

¿Te considerarías feliz casándote con un hombre rico, Margarita?

—Para mí, no ambiciono riquezas, pero te aseguro que á veces he deseado encontrar un hombre rico con quien casarme con tal de verte tranquila y felices á mis hermanos.

— Óyeme, Margarita; voy á hablarte con entera franqueza: hoy estuvo don Pedro Real y me dijo que si tú consentías en ser su esposa, él podía hacer la felicidad de todos nosostros. Si, á pesar de sus riquezas, fuera un hombre vicioso y malo, le hubiera contestado que no en seguida; pero sé que, por el contrario, es una persona honrada y digna de toda estimación. Si te casas con él, saldrás de esta triste casa, tendrás ricos trajes, muebles lujosos, irás al teatro, á paseo, en una palabra: gozarás de la vida. Sin embargo, si crees que no podrás hallar dicha en ese casamiento, dímelo con sinceridad. Él es mucho mayor que tú, no tiene cualidades que, á primera vista, puedan seducirte; pero, hija mía, vale más á veces apoyar la mano en la de un hombre de juicio, que en la de un joven brillante y aturdido.

No es mi ánimo ofender la memoria de tu

padre; pero te digo esto por propia y triste experiencia.

La madre calló y Margarita quedó algunos instantes pensativa, asustada casi. Después preguntó:

—¿Qué le contestaste?

—Que te consultaría.

—Bueno, mamá: durante esta noche meditaré bien en lo que acabas de decirme y mañana te contestaré,

—No te hagas violencia, mi pobre Margarita. Si ese casamiento te desagrada, haz de cuenta que nada te he dicho. Tu madre no te lo aconseja si crees que no podrías ser feliz.

La joven por toda respuesta besó tiernamente á su madre y murmuró para sí:

—¿Qué no haría yo por ti?...

## II

## EXPLICACIONES

Ernesto Gómez y Julia Reines, padres de Margarita, se habían casado muy jóvenes, impulsados por uno de esos cariños irreflexivos y grandes, tan comunes en los primeros años de la vida.

El marido era dueño de una considerable

fortuna heredada de sus padres, poco tiempo antes de su casamiento; pero como no tenía carrera ni oficio ni aún la santa costumbre del trabajo, nada halló más agradable que derrochar alegremente aquella fortuna que tan poco le había costado adquirir. Dominado por la pasión funestísima del juego,perdió en él grandes cantidades y en pocos años se vió reducido á la mayor pobreza. Los padres de Julia que al casarla con un hombre rico, habían creído asegurar su felicidad, murieron de pena; pero la valiente esposa no desmayó ante tantos reveses.

Sus padres la habían enseñado á trabajar y cuando vió que poco ó nada tenía que esperar de su marido, se puso á la obra con ardor.

A imitarla Ernesto, tal vez hubieran podido recuperar algo de lo perdido ó á lo menos hacer no tan sombrío el porvenir de sus hijos; pero Ernesto era un calavera dotado de muchos vicios y pocas virtudes, así que en lugar de dedicarse al trabajo siguió la fatal pendiente, ganando unas veces, perdiendo las más é imponiendo á su desdichada familia todo género de privaciones que el trabajo de Julia y el de sus hijos Rodolfo y Margarita, en cuanto tuvieron edad para ello, apenas lograba disminuir.

Y como si esto no fuera bastante Julia tu-

2.

vo aún que soportar la vergüenza de ver al hombre que había amado, al padre de sus hijos, convertido en sus últimos años, en un ebrio, es decir, en un ser que había perdido toda noción de dignidad.

Sin embargo, Julia y sus hijos sintieron infinitamente la muerte de aquel hombre, causa de sus desgracias, porque, si alguna buena cualidad tenía Ernesto, era ser muy cariñoso con su mujer é hijos; cariño mal entendido ciertamente pero que, lo repito, era la única virtud de aquel infortunado.

Al presente, en aquella familia, todos trabajaban: grandes y chicos.

Rodolfo, que contaba veinte años y trabajaba desde los diez, era un muchacho serio y laborioso, que, afortunadamente, en nada se asemejaba á su padre. Pero había estado largo tiempo enfermo y perdido por esa causa su buen empleo: había después logrado otro, aunque con un sueldo tan mísero que apenas alcanzaba para pagar la casa (una pobre casita situada en uno de los barrios más tristes y apartados de Montevideo) é ir amortizando las deudas que su padre había contraído.

Margarita, su madre y hasta la niña Julieta, cosían sin descanso para poder sustentar aquella numerosa é infortunada familia.

Las miserias, los trabajos y sufrimientos,

habían alterado profundamente la salud de Julia, que solía pensar con espanto en lo qué sería de sus hijos si ella llegaba á morir.

Por eso la inesperada petición de la mano de Margarita por don Pedro Real, la hizo meditar profundamente y llegó á la conclusión de que rechazarla sería una verdadera locura.

El novio no era ciertamente un hombre seductor, pero sí un buen partido, en el significado que se da generalmente á esta palabra; y la viuda de Gómez tenía bastante experiencia para no comprender que los buenos partidos se presentan muy rara vez á las niñas pobres y menos cuando, como sucedía á las suyas, tienen la desgracia de verse convertidas en obreras y llevan sobre su frente, aunque inmerecido, un estigma, como lo era el recuerdo de la degradación de su padre.

Casada Margarita, Julia podía morir tranquila respecto al porvenir de todos sus hijos, pues Real además de ser muy rico tenía fama de generoso; así que la pobre madre sólo tuvo motivos para felicitarse de aquella proposición de matrimonio.

Faltaba el consentimiento de Margarita y sobre este particular, Julia, anque la aconsejó prudentemente, no quiso ejercer presión alguna sobre su ánimo.

## III

## NOCHE DE INSOMNIO

No es necesario asegurar que Margarita no durmió aquella noche y que la pasó dando mil vueltas en su imaginación á aquel proyecto de matrimonio de que le había hablado su madre.

Casarse significaba para ella dejar aquella vida de trabajo y humillación incesante, hacer la felicidad de su madre y hermanos, tal vez la propia...

Y Margarita imaginó los goces que le proporcionaría el dinero: ver el mundo, ese dorado mundo que todos ponderaban y ella no conocía; hacer mucho bien á los pobres, rodear de comodidades á su pobre madre: eso, sobre todo. Porque la joven solía asustarse al ver el sello que las privaciones imprimían en la frente de la que le había dado el ser; veíala adelgazar día por día, siempre pálida, siempre triste... Y un pensamiento que le producía un frío horrible cruzaba á menudo por su imaginación: ¡si muriese su madre... ! ¡Ah! No podía Dios querer tal cosa; lo que ella necesitaba era buen alimento y descanso. Pues bien, su hija se lo proporcionaría y al

verla buena y dichosa, ella también sería feliz.

Luego evocó la imagen del que le ofrecían por esposo... ¿Qué podía decir esta imagen á un corazón de diez y seis años...?

Era viejo, para ella, pues contaría muy cerca de cuarenta años, hasta era viudo y con una hija que tendría más ó menos, la edad de la que quería hacer su esposa. Margarita pensó cuán poco elegante era su figura, cuán aburrido su trato... ¿podría ella amarle? La pobre niña no necesitó cavilar mucho para decirse que no.

Quizás si, como decía su madre, era tan bueno lo llegara á querer algo. ¿Acaso merecen cariño solamente las personas jóvenes y bonitas...?

Después era más confuso su pensamiento; un sueño casi! Porque en sus tristes horas de trabajo y de vigilia solía hallar consuelo soñando con alguien que veía con frecuencia, que era su amigo de infancia, casi su hermano. Siempre había hallado seçreta dulzura pensando en Eduardo, un sobrino de aquel don Pedro con quien ahora le proponían que se casara; y aunque Margarita no sabía lo que era amor, comprendió muy bien cuán distintos hubieran sido aquella noche sus sentimientos si le hubiera preguntado ¿quieres casarte con Eduardo?

¡ Y qué diferencia entre el joven y su tío ! Eduardo tan buen mozo, tan amable, con su fino bigote rubio y aquellos ojos azules en los que resplandecía la inteligencia y la ternura ! Luego, tan joven, casi de su misma edad ! Diez y nueve años apenas ! ¡ Ellos si que serían buena pareja !

Pero, al recordar la escena del taller, ¡ qué pena le produjo esta idea ! Eduardo nunca se fijaría en ella, una pobre muchacha que iba á coser á una fábrica é hija de un .. Margarita no se atrevió á repetir ni aún con el pensamiento los calificativos que dieran á su padre las muchachas del taller. Detúvose azorada, pareciéndole que había ofendido la memoria del muerto... Luego continuó su monólogo interior.

Es cierto que ella pertenecía á una familia distinguida y respetable ; si estaban así era por la desgracia. Pero, ¿ quién tiene esto en cuenta ?

A nadie le interesa el pasado cuando el presente no lo iguala ; y ella, al presente, no podía aspirar á Eduardo que tendría un brillante porvenir cuando terminara sus estudios de ingeniero, que quizá con el tiempo sería un gran personaje. Don Pedro, al fin, si la hacía su esposa, era porque tal vez no encontraba quien lo quisiera siendo ya medio viejo y sobre todo tan tosco que no pa-

recía tío del simpático y espiritual Eduardo. Este sí, que tendría miles de muchachas que se disputarían sus sonrisas... quizás ya tenía novia. ¡Quién sabe si no era Juanita, la hija de don Pedro, tan bonita y tan rica!

Además Eduardo era pobre; no tenía más que lo que le daba su tío para que siguiera sus estudios; si (lo que no creía) llegaba á fijarse en ella tendría que esperarlo mucho y entre tanto su madre podía morir de miseria.

¡No! Ella se casaría con don Pedro y trataría de quererlo lo más que pudiera.

Cuando Margarita, cerca de las cuatro de la mañana, cerró por fin los ojos, este pensamiento se sobreponía á todos los otros y cuando despertó dos horas más tarde, estaba resuelta á casarse.

Vistióse apresuradamente para ir al taller y al mirarse en un espejo se asustó de verse tan pálida. Sentía el corazón dolorosamente oprimido; pero estaba tranquila y resuelta.

A la cabeza del lecho una imagen del Divino Crucificado parecía tenderle los brazos y mirarla con expresión de ternura. La joven se arrodilló.

— Tú me darás valor — murmuró. — Yo me sacrifico por los que me aman... ¿qué es esto al lado del sacrificio que ofreciste por tus enemigos?. .

Gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la pobre niña; pero era el puro llanto de la abnegación y lejos de quemar su alma pareció que la inundaba de una serenidad inefable.

Cuando terminó sus oraciones y se levantó, una expresión sublime la transfiguraba: Parecía una mártir cristiana pronta para dirigirse al lugar del suplicio.

## IV

## PROYECTOS DE CASAMIENTO

La casa de don Pedro Real estaba situada en la que entonces, se llamaba modestamente «calle» y hoy ostenta el más pomposo título de «avenida» 18 de Julio.

Era un hermoso edificio; pero su aspecto exterior no era nada, comparándolo con la suntuosidad y buen gusto que reinaba en el interior. Como que su propietario era un hombre riquísimo y tenía una hija que sabía hacer lucir perfectamente el dinero.

Era al caer de la tarde de un domingo de Junio, frío y lluvioso, pero en la elegante salita donde se hallaba el viudo Real acompañado de su hija y sobrino, no se dejaban sentir los rigores del tiempo; antes bien se

respiraba una atmósfera muy agradable, gracias al alegre fuego, que chisporroteaba en artística estufa de mármol.

Eduardo Viñas, aventajado estudiante de ingeniería, acababa de llegar, pues acostumbraba comer los días de fiesta en compañía de su única familia.

Juanita, la hija del dueño de la casa, tocaba el piano con exquisito gusto mientras Eduardo y su tío conversaban de negocios, en voz baja.

Real era un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, bien conservado, bajo, de aspecto bastante tosco, rostro muy moreno y facciones regulares, aunque algo gruesas. Su cabello era lacio, de un negro brillante, y sus ojos, negros también hubieran podido llamarse hermosos, á haberlos animado un rayo de inteligencia ó de bondad. No podía decirse que fuera un hombre feo, pero se notaba á primera vista que era un alma vulgar así como veíase impreso en su frente, estrecha y deprimida, el sello de violentas pasiones á las que la razón no imprimía su benéfico freno.

Juanita se diferenciaba tanto de él que no parecía su hija.

Era una criatura encantadora, una preciosa miniatura de mujer. Bajita, de formas redondas y suaves, talle flexible como un junco

y modales exquisitos. En cuanto á su fisonomía, nada más lindo y vivaz: era rubia, blanca. sonrosada, con ojos de un azul subido, que parecían despedir chispas, y á los que daban sombra rizadas pestañas de un tono más oscuro que el cabello, que en brillantes ondulalaciones adornaba su pequeña é inteligente cabeza.

Eduardo, su primo por parte de madre, era parecido á ella, en lo que puede parecerse la varonil hermosura del hombre, á las delicadas facciones de una mujer. Era alto, rubio, distinguido y espiritual; uno de esos hombres que, simpáticos á primera vista, ejercen poderosa atracción á poco de haberlos tratado. Conocíase que á pesar del empeño que ponía, en aquellos momentos, para atender á la conversación, bastante monótona, de don Pedro, se distraía con frecuencia, ya fuera por los acordes del piano ó porque su pensamiento estaba en otra parte.

Cuando Juanita acabó de tocar, su primo la felicitó calurosamente. Ella le dió las gracias, y levantándose, fué á ocupar un sitio al lado de su padre, á quien acarició la barba con zalamería.

El viudo, algo distraído desde hacía unos instantes, no contestó á las caricias de su hija; cosa muy rara en él, pues Juanita era su ídolo. Miróla un momento como vacilando,

luego fijó la vista en su sobrino y por último se levantó y se puso á pasear con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos.

Juana y Eduardo entablaron familiar conversación.

— ¿ Qué tendrá papá ? — preguntó de pronto la joven á su primo. Parece que quisiera decirnos algo y no se anima.

En efecto, Real, ora se paraba delante de los balcones como para contemplar la lluvia que seguía cayendo, lenta y monótona, ora se detenía delante de los jóvenes como para hablarles; pero no lo hacía y continuaba paseando.

Esta escena se prolongó por más de un cuarto de hora. Los jóvenes prosiguieron su conversación, en voz baja y don Pedro su paseo; la luz de la tarde dejó de filtrar por los cristales y la salita quedó envuelta en una semi-oscuridad.

Como si la sombra hubiera resuelto por fin á Real, volvió á tomar asiento al lado de los jovenes y les dijo :

— Tengo que comunicarles una cosa.

— Ya escuchamos, contestó Eduardo, mientras Juana se contentaba con mirar á su padre, curiosa é inquietamente á la vez.

— Pues es esta, qué no se lo que les parecerá : me caso.

Los jóvenes hicieron un movimiento de

sorpresa; pero luego, tomándolo á broma, soltaron á la vez una alegre carcajada.

— No se rían — observó don Pedro gravemente — porque no hay nada más cierto: me caso.

— Si eso puede hacerte feliz no será tu hija quien se oponga — dijo Juanita convencida al ver la seriedad de su padre.

— Y lo que á mi me parece una idea superior. — observó Eduardo — Si fuera ya ingeniero le pediría ser padrino de la boda; pero ¡un pobre estudiante!... No importa; — agregó con tono ligeramente burlón — lo seré del primer nene.

— Y yo la madrina — dijó alegremente Juanita, siguiendo la broma.

— Eso sí lo acepto; trato cerrado.

— ¡Cerrado! repitieron riendo los jóvenes.

— Pero, — observó Juanita — lo mejor se nos olvida. ¿Quién es la novia?

— Es cierto, — dijo Eduardo — nos falta saber lo principal ¿quién es?...

— Pues tienen que adivinar. Vds. la conocen.

Juana nombró algunas conocidas más ó menos viejas ó feas y Eduardo hlzo otro tanto; pero Real se sonreía con arrogancia á cada nombre y por último dijo:

— Por lo visto creen Vds. que valgo muy poco para salirme con semejantes mamarra-

chos. Pues no, señores; mi novia es muy joven y muy bonita.

— Pero ¿quién podría ser? — mumuró Juanita llena de curiosidad.

| Yo me doy por vencido — dijo Eduardo.

— ¡Es Margarita!

La arrogancia con que don Pedro pronunció este nombre contrastó pederosamente con el acento lleno de ansiedad con que preguntó Eduardo.

— ¿Qué Margarita?

— Gómez... ¿cuál iba á ser?

— ¡Ah!... exclamó Juana con acento indefinible y fijando la vista en su primo; este se había puesto pálido como la muerte; pero afortunadamente la casi oscuridad qne reinaba en la salita no permitió notar su palidez.

— Y bien ¿qué les parece? preguntó don Pedro sorprendido del silencio en que habían quedado sus interlocutores.

— Me parece muy bien — dijo Eduardo fríamente, como si las palabras saliesan con dificultad de sus labios.

— A mí, no, — dijo Juana, — es demasiado joven para ti. Puede ser tu hija.

— ¡No importa! Cuanto más joven menos malas mañas tendrá. Me gusta porque es laboriosa y modesta, porque no ha de ser amiga de diversiones, ni ha ido de baile en

baile, ni ha tenido amoríos que le trastornen la cabeza.

Los jóvenes guardaron silencio y don Pedro, incomodado porque no le gustaba que desaprobaran sus actos, se levantó para encender el gas y luego se puso á leer un periódico.

Juanita se volvió á su primo que estaba callado y sombrío.

— ¡Pobre Eduardo! — murmuró.

— ¿Por qué me compadeces? — preguntó el joven bruscamente.

— Acaso olvidas que entre nosotros no hay secretos y que yo sé los sueños de tu corazón como tú sabes los del mío? ¿Olvidas que hace casi un año me confesaste que estabas enamorado de Margarita?

— Eran ideas de niño; olvida Juanita, esas locuras que te dije.

Juana movió su linda cabecita.

— Es inútil que trates de engañarme! Si tu rostro revela lo que estás sufriendo...!

En efecto, ahora que la luz inundaba la sala podía notarse la palidez de Eduardo y que sus labios descoloridos y trémulos, se crispaban con un movimiento nervioso. A la observación de su prima contestó:

— Bueno, aunque así sea, vas á prometerme una cosa.

— No te prometo nada porque vas á pe-

dirme que calle y yo pienso contarle á papá lo qué pasa.

—¡De ninguna manera! Yo no me perdonaría jamás el haberme interpuesto entre la dicha de mi bienhechor y la de Margarita, puesto que si esta se casa es por su gusto y porque espera ser feliz. Así, pues, mi buena Juanita, si no me prometes callar lo que te dije, tal vez en un momento de alucinación me arrepentiré toda la vida de haber confiado en ti y dejaré de considerarte como la fiel amiga para quien mi corazón no tenía secretos.

—¡Oh! No dices eso seriamente.

—Puedes creer que nunca te he hablado con más seriedad. Con que, mi buena amiga, prométeme callar.

—Puesto que así lo quieres te lo prometo, pero ¿por qué te empeñas en ser desgraciado?

—Eso es cuanta mía. Además no siento por Margarita la pasión que tú supones. Ha sido una ilusión de muchacho que pronto olvidaré. Ahora dejemos esto y dime qué resultado tendrá para ti el casamiento de tu padre.

—¿Qué quieres que te diga? Si me opusiera se casaría lo mismo, pues, aunque me quiere mucho, su voluntad, ni yo ni nadie conseguiríamos torcerla.

Lo único que lograría sería indisponerme con él.

Por otra parte, aunque es triste para mí ver que otra ocupará el lugar de mi pobre madre, casi me felicito de que se case, pues sólo así me permitirá casar á mí también, sin su acostumbrado pretexto de que soy muy joven. Cuando me lo vuelva á decir le contestaré que más joven es la que va á ser su esposa y dejará de oponerse á que Héctor y yo seamos felices. Sin embargo, siento mucho que, si quieres á Margarita vayas á ser desgraciado.

—Ya te he dicho que no te preocupes por eso. Ya verás que pronto busco novia.

Eduardo mentía. Estaba seguro de que su amor por Margarita no sería un capricho pasajero; pero sentíase herido en su orgullo y además no quería oponerse á la felicidad de su tío. Por otra parte, pensaba que Margarita estaba en su derecho, casándose con quien mejor le pareciera, puesto que él jamás le había dirigido una palabra de amor.

No obstante la inmensa pena que experimentaba hizo tales esfuerzos por mostrarse tranquilo y alegre, que al fin Juanita se engañó y recobró su buen humor, creyendo que el amor de su primo no era tan profundo como ella imaginara.

Sin embargo, temeroso Eduardo de no po-

der representar su papel hasta el fin, se despidió casi en seguida de comer, pretextando que sus estudios se lo exigían.

## V

## CORAZÓN DESTROZADO

Cuando el joven salió, la lluvia había cesado por completo; un viento bastante fuerte había barrido las nubes, y el cielo se mostraba despejado y sereno.

No había luna; pero en cambio las estrellas brillaban en todo su fulgor.

Eduardo echó á andar á la ventura; las sienes le batían dolorosamente y sentía necesidad de que el aire fresco despejara su ardoroso cerebro.

—¿Iré á verla? —pensaba. —¡Para qué...! Para oir de sus labios que se casa, que prefiere una vida helada en medio del lujo á la inmensa ternura que mi corazón siente por ella... Porque es imposible que no haya comprendido cuanto la quiero. ¡Mujer y basta! – concluyó dispuesto aquella noche á juzgar muy mal á todo el sexo.

Entre estas y otras reflexiones, caminó algunas cuadras hacia el centro y se encontró en la plaza Independencia.

Muy poca gente transitaba por ella, con aquella noche tan fría todo el mundo se hallaba mejor en su casa. Sólo alguno que otro hombre, con el cuello del sobretodo subido hasta las orejas y las manos en los bolsillos cruzaba con paso rápido las aceras, húmedas aún.

Eduardo miró su reloj: iban á ser las ocho.

—Tengo tiempo de ir—pensó y se dirigió á tomar el tranvía que lo dejaba más cerca de la casa de Margarita.

Una vez en camino y sin preocuparse de que algunos pasajeros lo observaban con curiosidad por su aire extraño, se abandonó de nuevo á su amargos pensamientos.

—¡Casada!—se decía. Esa niña tan linda, tan pura, ha de ser para ese pedazo... ¡Vamos! No insultemos á mi bienhechor; bastante le debo, por desgracia. Y al fin él no tiene la culpa sino ella, esa ambiciosa sin corazón.

Pero una nueva idea vino á modificar el juicio poco favorable que formaba de Margarita.

—¡Yo estoy loco! pensó ¿Acaso no comprendo todo lo que hay de heroico en el sacrificio, que, necesariamente, tiene que hacer Margarita al casarse con un hombre como mi tío? ¿No veo, á pesar del cuidado que ponen en ocultarla, la miseria que agobia á

esas infelices criaturas? ¿No comprendo que Margarita se casa por salvar de la muerte á su madre enferma y abatida?...

¡Sí! Los motivos que impulsan á Margarita son, sin duda, nobles y santos; pero el resultado es el mismo: ¡la pierdo!... Yo que la adoro, que había soñado con que sería mía cuando pudiera ofrecerle algo más que mi amor. ¡Maldita pobreza! Si yo fuera rico, ó tuviera á lo menos una posición independiente, le hubiera ofrecido con mi mano el bienestar de los suyos; pero soy un desgraciado, un mísero que aun por mucho tiempo, tiene que recibir el pan ajeno. ¡No me queda otro remedio que resignarme á sufrir!

Durante el largo trayecto, el pobre muchacho no sintió aminorarse su pena. Era bien cierto que amaba á Margarita con toda su alma, la amaba no sólo por su belleza sino por su virtudes, por el cariño que veía profesaba á los suyos; y al perderla experimentaba uno de esos dolores amargos que el tiempo mismo no consigue borrar enteramente.

Renunciar á Margarita era para Eduardo, dar un adiós á los sueños más gratos de su juventud, era ver perderse en el abismo de la más negras de las realidades una ilusión demasiado querida y demasiado tiempo acariciada.

Llegado al término de su viaje, Eduardo se apeó, sintiendo que su corazón palpitaba con más fuerza á medida que iba acercándose á la morada de Margarita.

Cuando llegó, tuvo que detenerse un momento antes de llamar para reunir toda su energía. Después agitó el llamador que, bajo su mano nerviosa, produjo un extraño y sonoro repique.

Julieta vino á abrir y manifestó gran alegría al verlo, haciéndolo pasar en seguida á la pieza donde trabajaban. La madre de Eduardo y la de Margarita habían sido íntimas amigas y por esta razón el joven era considerado como de la familia y recibido siempre con toda confianza.

No fué sin honda emoción que Eduardo estrechó la mano que Margarita le tendía, sonriendo dulcemente.

Y aquella noche, que sabía estaba destinada á otro, la halló más linda que nunca, sin artificios, sin pretensiones, con su pobre vestido de luto, que hacía resaltar la nevada blancura de su tez y el brillo aterciopelado de sus magníficos ojos.

Después de los preliminares de costumbre y de hablar un rato sobre la lluvia y los sucesos más notables ocurridos en los últimos días, Julia se dirigió á su hija mayor.

— Dale á Eduardo la noticia, — dijo — él es

un buen amigo y además, ahora va á ser pariente tuyo.

Margarita se puso como la grana y una nube de tristeza empañó sus expresivos ojos; Eduardo hizo un esfuerzo y murmuró:

— Ya estoy enterado; vengo de casa de tío y me lo ha dicho todo. Te felicito, porque vas á ser muy rica.

— Yo no me caso por eso — dijo Margarita avergonzada y herida por el tono despreciativo con que el joven pronunciara las últimas palabras.

— No creas, Eduardo, que á Margarita la lleva el interés, — intervino la madre — se casa porque tu tío es un hombre honrado y de juicio que sabrá guiarla en la vida.

— ¡ Si yo no digo nada...! Le deseo con toda el alma que sea dichosa...

— ¡ Gracias!.. murmuró débilmente la joven.

Eduardo pasó maquinalmente sus miradas sobre la mesa y las detuvo, como fascinado, sobre un ramo de olorosas violetas colocado en un humilde vaso de vidrio azul.

— ¿ Son de aquí? — preguntó.

— Sí; — contestó Margarita — yo misma las corté esta tarde de mis pobres plantas que tanto cuido.

¿La quieres para quedar bien con alguien?

— Si me las das...

— ¡Tómalas!

— ¡Muchas gracias, Margarita!

— Después tendrás que decirme « tía » — observó ella sonriendo tristemente.

— Es muy justo, — murmuró él intentando chancearse pero con voz opaca y trémula — confieso que me costará algo acostumbrarme así como á tratarte de « usted ».

Julia, sin comprender la amarga ironía que encerraban aquellas frases de los jóvenes, dichas en broma al parecer, observó riendo.

— ¡Oh! De eso no hay necesidad puesto que la « tía » es menor que el sobrino y se conocen desde chicos.

Pero... díme francamente, Eduardo, ¿crees que don Pedro hará feliz á Margarita?

— Desde que Vd. la permite casarse con él, supongo no creerá que pueda hacerla desgraciada...

— No, hijo, no; pero como tú lo conoces mejor que nosotras podías decir...

— El bienestar material puede suplir muchas cosas y en ese sentido creo que Margarita será feliz... muy feliz! dijo Eduardo con irónica frialdad.

La conversación del casamiento no pasó de ahí; Margarita parecía deseosa de querer cambiar de tema y habló de otras cosas.

La joven estaba como avergonzada, sus

mejillas ardían y no se atrevía á mirar á Eduardo que ora la contemplaba con triste ternura, ora le dirigía miradas despreciativas y frases irónicas que la hacían estremecer.

A las diez se despedía el joven con el corazón destrozado y Margarita, pensativa y triste, murmuró:

—¿Será verdad que lo quiero? Me querrá quizás él á mí?

## VI

## LUCHA Y ORGULLO

A partir de aquella noche, Eduardo no fué más que muy rara vez, á visitar á la familia de Gómez.

Habiendo sabido por boca de la misma Margarita que era cierto su enlace con don Pedro Real ¿para qué quería volver á verla?...

Alegaba para justificar aquel cambio en sus costumbres que los estudios y los amigos le robaban el tiempo; pero ya sabemos que la causa era otra; no quería reabrir las dolorosas heridas de su alma. Y si no se retiraba del todo era porque temía dar pábulo á comentarios.

Eduardo parecía empeñarse en que nadie sospechara su amor por Margarita, ni aún esta misma.

Era Eduardo orgulloso para avenirse á que lo compadecieran y menos á que llegara á decirse que lo posponían á un hombre como su tío.

Para mejor despistar á los que pudieran suponerle enamorado de su futura tía, empezó á cortejar á una distinguida y graciosa niña, sin que realmente le importara de ella lo más mínimo. Su ofuscación no le dejaba comprender el mal que hacía engañando á aquella joven; por el contrario, deseoso de vengarse de las mujeres en general, le parecía que estaba en su derecho al hacerlas sufrir, por lo que él sufría á causa de una de ellas.

—Las mujeres no tienen corazón, se decía, lo que quieren es casarse con el primero que encuentran, sobre todo si puede ofrecerles una brillante posición. Estoy seguro de que si á mi novia le saliera un pretendiente rico, pronto se olvidaba del pobre estudiante Eduardo Viñas, que tendrá que hacerla esperar mucho tiempo. Me quiere tanto como yo á ella.

En esta última parte estaba Eduardo casi en lo cierto. Su novia no lo quería con pasión, no por que fuera interesada y poco

noble, sino porque él no sabía ó, mejor dicho, no procuraba hacerse querer.

A la joven no podía contentarle aquel pretendiente tan poco atento y cariñoso que estando á su lado, parecía pensar siempre en otra cosa, pero al mismo tiempo le encantaba su belleza, delicada y varonil á la vez, su esbelta figura, y su fama de inteligente, de serio y de estudioso.

A la verdad que al presente los caracteres de ambos jóvenes no se avenían; y digo al presente porque es casi seguro que, de haberse conocido antes que Eduardo se enamorara de Margarita, hubieran llegado á amarse con recíproca ternura.

Pero el carácter del joven había sufrido un cambio muy grande. Todo lo que tenía su novia de cariñosa y dulce lo era él de indiferente y áspero. Ella lo veía bueno y cortés con todo el mundo y sin embargo á su lado era huraño y malo; mientras hablaban de cosas indiferentes, era Eduardo un modelo de amabilidad; pero llegado al terreno del amor se transformaba, con nada estaba conforme, todo era motivo de discusión.

Laura, que así se llamaba la joven, sabía de memoria los nombres de todos los amigos y compañeros de estudio de Eduardo, cuanto estudiaba éste, lo mucho que amaba á su patria, y lo que ambicionaba para ella;

hasta estaba enterada de los más notables sucesos en política...

—Tiene pasión por todo eso;—pensaba ella—pero yo quisiera que olvidara un poco á sus amigos, los estudios y la política, cuando está á mi lado.

Y á pesar de que Laura era muy joven y era aquel su primer novio, comprendía muy bien que un verdadero cariño debía diferenciarse bastante del que Eduardo sentía por ella.

Si bien, pues, en la intimidad, Laura y Eduardo no podían llamarse novios, lo eran á los ojos de todos. El no bailaba en las reuniones más que con ella, concurría á todos los sitios donde podía encontrarla; y esto era lo que alimentaba en la joven la idea de que Eduardo la quería, siendo sus rarezas defectos de su carácter. Así que, sin abandonarse á muchas ilusiones seguía aceptando sus homenajes.

En cuanto á Margarita, la impresión que le produjo la visita de Eduardo, la noche que conocemos, se desvaneció poco á poco sin borrarse por completo. La indiferencia con que el joven la trató las pocas veces que volvió á verla, unido á los rumores de su amor por Laura, le dieron la convicción de que su amigo de infancia nunca había pensado en ella; y aunque se dijo que era me-

jor que así fuera, no pudo reprimir un involuntario suspiro de tristeza. Sin embargo, una vez perdida aquella esperanza apenas bosquejada en su alma, pensó con menos amargura en su próximo casamiento, haciendo lo posible por ver el lado bueno de la nueva y brillante posición que la esperaba.

Así se pasaron seis meses. Efectuóse el casamiento de Juanita Real con un distinguido abogado llamado Héctor del Valle, y llegó el día fijado para el enlace de don Pedro y Margarita.

Eduardo, como sobrino y protegido del novio, no podía eximirse de asistir, sin que se extrañaran de tal conducta. Preparóse, pues, á sufrir el más cruel de los martirios, asistiendo por lo menos á las ceremonias civil y religiosa y pensando excusarse como pudiera de hacer acto de presencia en la reunión íntima que debía seguirlas.

## VII

## LA BODA DE UN HOMBRE RICO

Eduardo se fué solo y muy temprano al templo, donde debía celebrarse la parte religiosa del casamiento de su tío con Margarita Gómez.

Cuando llegó, la iglesia estaba solitaria, y como á pesar de las agitaciones de la juventud no había perdido por completo su fe de niño, no se avergonzó de arrodillarse y pedir á Dios le diera valor en aquella hora suprema.

El altar mayor, vestido de blanco y resplandeciente de luces le produjo una extraña fascinación, mezcla de dolor y de ternura. Oró algunos instantes, más con el corazón que con los labios, y luego fué á pararse en un sitio desde donde pudiera contemplar bien de cerca á la comitiva nupcial: quería anegarse en su dolor con una especie de voluptuosidad amarga y sombría.

No pudo, por más que lo hubiese deseado, evitar la conversación de algunos de sus amigos que fueron llegando entre los invitados, de que pronto se llenó el templo; y como á pesar de su fuerza de voluntad no podía reprimir un estremecimiento nervioso que, de cuando en cuando, recorría su cuerpo:

— Estoy algo enfermo, — dijo á uno de sus amigos que notó su agitación.

— ¿ Enfermo ó enamorado? — interrogó el otro sonriendo.

— ¿ Enamorado de quién? — preguntó á su vez Eduardo con acento casi colérico, sin acordarse de su novia y creyendo que el

amigo había adivinado los secretos de su corazón.

— ¿ Como de quién ? — No estás acaso comprometido ? — observó su interlocutor asombrado.

Viñas comprendió su torpeza y trató de remediarla diciendo :

— Estás en lo cierto respecto al amor ; pero te equivocas en cuanto al compromiso. No hay entre Laura y yo nada serio, por ahora.

— Pues hijo, te aconsejo que formalices tus relaciones, pues Laura es encantadora. Además el matrimonio es como una epidemia y ha cundido en tu familia ; hace poco Juanita y ahora su padre. A propósito ¿ asististe al matrimonio civil ?

— ¡ No ! Debe haberse efectuado hace una hora, pero antes de venir aquí he tenido que acompañar á Laura y su madre á un concierto en que la primera toma parte.

Por eso mismo tengo que retirarme en seguida, pues me he comprometido á volverlas á buscar.

Esto era cierto y había servido de excelente pretexto á Eduardo para presenciar el menos tiempo posible la felicidad de su tío. El amigo dijo :

— ¿ Con que la preciosa Laurita se está volviendo tan exigente que ni por una fiesta de familia te consiente que la abandones ?...

Quizá tema que puedas enamorarte de tu futura tía, si es cierto, como dicen, que sólo cuenta diez y seis años y es linda como un ángel. ¿ La conoces tú ?

Eduardo sufría horriblemente pero logró contestar con indiferencia.

— La conozco y no te han engañado : tiene sólo diez y seis años y es muy linda... demasiado linda.

— Y se enamora de los millones de don Pedro ¿ no ? Porque, disculpa si ofendo á tu tío ; pero no creo que una niña de diez y seis años se case por cariño con un hombre de cuarenta, y que, aparte de esto, nada tiene de seductor. Pero la ambición explica muchas monstruosidades...

Eduardo frunció el entrecejo ; su burlado amor no le inspiró la bajeza de consentir que denigraran á Margarita ; dijo secamente :

— Quizás en lo que tú llamas monstruosidad haya mucho de abnegación. Esta niña pertenece á una honrada y pobre familia y ese casamiento representa, más que la fortuna para ella, el bienestar y la dicha de los suyos.

— ¿ Luego es una víctima esa interesante criatura ?

Pues en ese caso, es nuestro deber ayudarla á soportar la pesada cruz del matrimonio.

Eduardo, de pálido que estaba se tornó lívido y á no hallarse en el sagrado recinto de un templo, el hablador hubiera quizás pagado muy caras sus cínicas palabras. Conteniéndose á duras penas, pues comprendía que un poco más y vendería su secreto, contestó con firmeza.

— Ignoro si esa niña ama ó no á mi tío pero sí te aseguro que es incapaz de albergar sentimientos bastardos y que, feliz ó desgraciada, será fiel á los juramentos prestados al pie del altar.

Un rumor de carruajes, anunciando la llegada de los novios, cortó la conversación. Eduardo se estremeció más poderosamente, la concurrencia comenzó á agitarse y todas las miradas se fijaron en la puerta del templo, que acababa de abrirse de par en par.

Por suerte para Eduardo, la atención de sus amigos se fijó también en la comitiva nupcial, cambiaron de sitio, con la esperanza de ver mejor la ceremonia y se olvidaron de que él quedaba allí pálido, inmóvil y sombrío.

Al ver pasar á Margarita, bella como un sueño con su espléndido traje de novia, Eduardo experimentó un vértigo. Dió un paso adelante, crispó sus manos y un fulgor siniestro brilló en sus pupilas; pero aquello tuvo la duración de un relámpago; apagóse

en sus miradas aquel destello de odio y lo substituyó una nube de dulce amargura.

— Entretanto llegaban los novios al altar y la ceremonia comenzaba...

Eduardo continuó inmóvil, con la vista fija como un sonámbulo ; parecía que miraba sin ver y si alguien hubiera tenido la idea de fijarse en él, no habría podido menos de espantarse al ver la intensa expresión de extravío que en su rostro se notaba. Pero nadie lo miró : la atención estaba fija en el solemne acto que se celebraba.

Muchos cuchicheaban fascinados ante el contraste que ofrecía la gentil figura de la novia al lado de aquel hombre de aspecto tosco y vulgar que iba á ser su marido. Este contraste fué más sensible cuando salieron los nuevos esposos del brazo.

Al lado del padrino, un anciano de aspecto distinguido y venerable, Margarita podía pasar por su hija ; junto al que era su marido parecían ir del brazo de su criado, á quien hubieran vestido de rigurosa etiqueta para hacerlo parecer más ridículo aún.

Eduardo no los vió pasar esta vez ; sus ojos seguían clavados con singular insistencia en el altar resplandeciente, cuyas luces, le parecía, bailaban una danza fantástica é infernal. Hubo un momento en que ya no distinguió nada, sus piernas flaquearon y hubiera caído

al suelo, á no sostenerlo el muro contra el cual se apoyaba.

Se pasó la mano por la frente y la retiró húmeda y helada; pero poco á poco fué reaccionando y miró á su alrededor, como el que despierta de una pesadilla horrorosa.

Los novios se habían ido ya y el templo iba quedando vacío; los amigos de Eduardo no estaban tampoco allí, pero él no se dió cuenta si lo habían invitado para irse con ellos ó bien olvidado en la confusión de la salida.

Se felicitó de encontrarse solo; llamó en su auxilio á su voluntad, momentos antes desfalleciente, y salió del templo, echando á andar lentamente.

El aire libre despejó algo su cerebro y pudo reflexionar.

— Si no trato de ser hombre, — se dijo — creo que voy á volverme loco. ¡Valor! hemos nacido para sufrir.

Ni por un instante pensó en volver al lado de Laura, como le había prometido, importándosele muy poco lo que la joven pudiera imaginar de su conducta. Subió al tranvía que lo llevó directamente á su domicilio y una vez en él se acostó en seguida, no para dormir sino porque no podía tenerse en pie rendido como estaba por tantas y tan crueles emociones.

Entre tanto en la nueva morada de la familia de Gómez, adornada con gusto y sencillez, se reunía un selecto número de relaciones para beber una copa de champagne por la felicidad de los novios y se improvisaba una reunión, que aunque íntima, prometía gratas horas de sociabilidad.

Real no hacía las cosas á medias y aunque era enemigo de los bailes, bien hubiera querido celebrar con uno expléndido su buena fortuna de casarse con tan encantadora criatura; pero el luto que aun llevaba la familia de la novia se lo impidió. Tuvo, pues, que contentarse con ofrecer una fiesta de carácter completamente familiar, á las numerosas amistades que debía, más que á su fortuna, al trato exquisito y encantador de su hija.

La pobre Margarita quería estar alegre, pero le era imposible lograrlo. Ahora que estaba todo concluído, se horrorizaba al pensar que estaba unida para siempre á aquel hombre. En vano se decía que iba á hacer la felicidad de los suyos, que su esposo era tal vez muy bueno y lo llegaría á querer con el tiempo; no conseguía dominar su pena y á cada momento sus ojos se llenaban de lágrimas, que disculpaba diciendo que sufría al tener que separarse de su madre.

La joven notó la ausencia de Viñas; pero no se atrevió á preguntar por él. Aún más:

no bien notó que aqnella imagen ocupaba su pensamiento, se estremeció y trató de cambiar de ideas, pareciéndole que ofendía á su esposo al pensar en otro hombre. Sin embargo, oyó decir que el joven había estado en la iglesia y se había retirado para ir á buscar á su novia á un concierto; después de lo cual la pobre niña se esforzó en apartar aquella imagen de su corazón, tratando de pensar en los deberes que su nuevo estado le imponía y proponiéndose hacer cuanto le fuera posible por amar á su marido. Cuando este le anunció en voz baja que era hora de partir, palideció y sus ojos giraron desolados en torno de la sala, como buscando protección. Vió á su madre conmovida, pero satisfecha, á sus hermanos radiantes de alegría... y, como si este cuadro le hubiera dado valor, contestó con una sonrisa á las frases, llenas de amorosa impaciencia, de don Pedro y lo siguió, resignada con su destino.

## VII

## SEIS AÑOS DESPUÉS

Dejemos transcurrir el tiempo, ese mago que cambia con tanta rapidez los cuadros que hemos contemplado, los rostros y aún

los corazones, prodigando aquí y allá esperanzas y decepciones, lozanía y decrepitud, lágrimas y sonrisas.

Han pasado seis años y los personajes de esta humilde historia han cambiado bastante, siguiendo el orden natural de la vida.

Eduardo Viñas ha terminado brillantemente sus estudios, tiene en sus manos un porvenir fácil y próspero, su nombre es ya conocido en todos los círculos científicos y sociales... y sin embargo, no es feliz.

Sus amores los ha roto hace tiempo y vive consagrado á sus estudios y á su trabajo. Su melancolía, su gravedad, le hacen aparentar muçha más edad de la que tiene.

Laura, su ex-novia, se ha casado. En realidad no sintió mucho la ingratitud de Eduardo; sus relaciones amorosas, si podían llevar este nombre, habían llegado á ser intolerables, pues el joven la mortificaba continuamente con celos y caprichos absurdos, que no tenían otro objeto que desahogar su constante mal humor. Así que cuando él le anunció que se retlraba porque «no se entendían» casi se felicitó de ello.

No tardó en hallar un hombre, lleno de méritos, que la quiso con delirio, como ella ansiaba y merecía ser querida. Casóse con él y es una esposa modelo y una madre feliz.

No le guarda rencor á Eduardo. Con su

instinto de mujer ha comprendido que algún secreto pesar motiva el carácter extraño del joven; casi ha llegado á vislumbrar lo cierto, si bien, modelo de discreción, no ha confiado á nadie el secreto que cree haber adivinado.

Margarita es feliz y desgraciada á un tiempo. Feliz porque ve á los suyos en situación desahogada, á su madre buena, tranquila y satisfecha, á sus hermanos capaces de ganarse la vida por sí solos; pero sobre todo ve compensadas sus penas con el cariño y las gracias de su hijita Cecilia, de edad de cinco años.

Sus pesares son aún más fáciles de comprender. ¿Cómo podría no tenerlos la mujer que se casa en las condiciones que lo hizo Margarita? Ella comprendía vagamente antes del matrimonio que tendría que sufrir; pero á imaginar hasta qué punto iba á llegar aquel sufrimiento, quizás no hubiera tenido fuerzas para consumar su sacrificio.

Aparte del natural martirio que tenía necesariamente que soportar aquella niña, tan hermosa, delicada é inteligente, al lado de un hombre insignificante y hasta grosero como Real, hubo de sufrir sus celos injustificados y sus sospechas más injustas todavía.

Jamás lograba la pobre joven tenerlo contento por más empeños que hiciera, sino por cariño, por deber.

Cariño érale imposible sentir por su esposo, pero en cuanto al deber, lo cumplía hasta el sacrificio.

Don Pedro no era capaz de valorar á su joven esposa, pues la poca inteligencia que Dios le concediera la había agotado en acumular su fortuna por medio de los negocios. Mas, apesar de su escasa penetración comprendía muy bien que su mujer no lo amaba y la loca pasión que por ella sentía, hacíale exagerar la indiferencia de Margarita.

Sin embargo, no trató de ganar su corazón con dulzura y delicadeza; por el contrario, la atormentaba con su insensata pasión y la maltrató atenaceado por celos absurdos puesto que la joven era demasiado virtuosa para darle motivos de sospecha.

A Margarita le estaba vedado ser, no ya amable, sino cortés con ningún hombre, bajo pena de exponerse á un violento disgusto con su marido, en que este llegaba hasta echarle en cara haberla sacado de la miseria.

Pero no podía evitar que en un paseo ó sitio público, adonde concurría siempre acompañada de Real, su espléndida belleza despertara murmullos de admiración por lo que el celoso marido optó por recluirla en el hogar, sin que ella lo sintiera mucho, pues sabía que una hora de placer ó diversión la pagaba con muchas de amargura.

Otra mujer hubiera odiado á su esposo, que motivos tenía para ello; pero Margarita era un pobre ángel incapaz de abrigar sentimientos bastardos. Contentábase con llorar á solas y refugiábase en el cariño de su hija y en el no menos grande que por su madre y hermanos tenía; sin embargo jamás confió á su familia sus pesares. Dios era su único confidente y la sostenía en sus horas más difíciles y crueles.

La familia de Gómez trataba de ser la menos gravosa posible á Real y podía decirse que ya no lo era. Rodolfo había obtenido un buen empleo, Julieta daba lecciones de bordado, pues lo había aprendido primorosamente, y otra niña, que contaba ya unos quince años, seguía la carrera del magisterio. En cuanto á los otros dos, aun eran niños; pero su madre pensaba en que fueran seres útiles con el tiempo y los hacía estudiar.

No podía negarse que todo aquel bienestar lo debían al esposo de Margarita por lo que le estaban profundamente agradecidos; y aunque la madre y sobre todo Julieta, comprendían muy bien que la joven señora de Real no era completamente feliz, jamás imaginaron que tuviera graves pesares.

Eduardo era unos de los pocos hombres que no inpiraban sospechas á don Pedro, qui-

zás porque se conducía con una circunspección que rayaba en reserva.

Frecuentaba muy poco la casa de su tío, aunque era padrino de la niñita, como había sido convenido por broma antes del casamiento. Bien hubiera querido el joven eximirse de tal compromiso pero don Pedro insistió en que cumplira su palabra y no tuvo otro remedio que aceptar. En aquel entonces aun no le había dado á Real por celar ridículamente á su joven esposa y como quería á Eduardo como á su hijo, no vió inconveniente en que fuera padrino de la niña.

Al ver á su ahijada experimentaba Eduardo una emoción extraña é injusta. Parecíale que la odiaba con toda su alma. En vano se repetía que aquel sentimiento era poco noble, que la inocente criatura no era culpable de lo que él sufría; no lograba vencer la aversión que le inspiraba. No teniendo valor para culpar á Margarita, á quien seguía queriendo como un loco, no pudiendo aborrecer á su tío á quien era deudor de tantos beneficios; descargaba su encono contra la que menos lo merecía, sólo porque le recordaba siempre que Margarita pertenecía á otro.

Por una singular aberración, Cecilia quería mucho á su padrino, quizás porque su madre la enseñaba á quererlo ó porque la infancia suele ser muy caprichosa en sus afectos. Lo

cierto era que el proceder del joven no justificaba el cariño de la niñita; era muy frío con ella y la besaba por compromiso las pocas veces que la veía en casa de sus padres ó, las más frecuentes, que la encontraba en casa de su prima, con cuyo esposo le unía desde la infancia, una íntima amistad.

Juana y Héctor, á quienes el cielo no había concedido todavía sucesión, amaban tiernamente á aquella hermanita que podía ser hija de ambos.

## IX

## JULIETA

Como las nueve serían de una tíbia mañana de las primeras de Noviembre, cuando anunciaron á la señora de Real la visita de su hermana Julieta.

Margarita recibió á la joven en el aposento donde se ocupaba en vestir á Cecilia.

Julieta, que contaba ya diez y siete años no era tan bella como Margarita pero sí muy graciosa y expresiva.

Era de regular estatura, tez algo trigueña, hermosos ojos negros y mejillas redondas y sonrosadas como dos manzanas; su boca algo grande dejaba ver por lo habitual de su son-

risa, dientes blancos é iguales; su naricita, ligeramente respingada, daba á su fisonomía cierta expresión picaresca y burlona. En cuanto á su carácter, era dulce y alegre; reía de todo y no se enojaba jamás. Las pasadas penas no habían dejado huella alguna en su alma de niña, traviesa, afectuosa y sencilla á la vez.

Al ver á Julieta risueña y animada, muy elegante, con su sencillo traje primaveral y su gran sombrero adornado de flores, parecióle á Margarita que una ráfaga de frescura y juventud llegaba hasta su hogar, habitualmente sombrío.

Las dos hermanas se abrazaron cariñosamente.

— ¿Y tu marido? — preguntó Julieta, mientras hacía saltar sobre el lecho á Cecilia, á medio vestir aún.

— Acaba de salir; tiene mucho que hacer esta mañana y probablemente no vendrá á almorzar.

— ¡Tanto mejor! — exclamó Julieta alegremente, quitándose el sombrero. — Los hombres en casa, no sirven más que para estorbo.

— Estoy segura de que no piensas así de *aquel* — dijo Margarita maliciosamente y mirándola con ternura.

Julieta se sonrojó.

— ¿ Ya empiezas con tus bromas?... No hay nada serio todavía; él es muy joven y yo también. Además es pobre y tiene que pensar en formarse un porvenir, antes de casarse.

— ¿ Lo quieres mucho?

Los ojos negros de Julieta fulguraron.

— Con toda mi alma — contestó.

— Entonces puedes casarte, ¿ qué importa que sea pobre?

Pero no te unas sin amor ni al hombre más rico de la tierra — concluyó Margarita con voz trémula y los ojos llenos de lágrimás.

Julieta, conmovida, la abrazó.

— Sé porque lo dices; — murmuró — aunque tu nos ocultas tus pesares, yo los comprendo. ¿ Por qué disimulas conmigo, querida?... Está bien que lo hagas con mamá... pero á mí confíame tus disgustos para que podamos compartirlos-

— Tienes razón ¿ á qué fingir más tiempo? ¡ Si supieras cuán desgraciada soy!

Y ta pobre joven rompió á llorar tristemente. Cecilia la miraba con expresión asustada y al fin le echó los bracitos al cuello y rompió á llorar también.

— Llévatela; — dijo Margarita, en voz baja, á su hermana — es tan viva que podría con-

tarle á Pedro que he llorado y pensará que me quejo.

Julieta tomó en brazos á la niña y, con engaños y caricias, concluyó de arreglarla y la sacó del aposento, entregándosela á la niñera. Luego volvió junto á Margarita, que lloraba aún, la abrazó con ternura y le dijo:

—¡Vamos, no te aflijas así! Comprendo que no seas feliz con un hombre como tu marido; pero ¿por qué no lo pensaste bien antes de casarte, mi pobre Margarita?

—¿No sabes tú, acaso, por qué me casé?

—¡Oh perdóname!—exclamó Julieta, cuyos ojos también se arrasaron en lágrimas. Fué por nosotros que hiciste ese sacrificio... ¡cuánto te debemos, Margarita! ¡cuánto!

—Tú hubieras hecho lo mismo qne yo·

—¡Quién sabe!.. Yo no hubiera tenido valor.

—Lo hubieras hecho, Julieta; tú, como yo quieres, idolatras á nuestra madre y hermanos. No hubieras vacilado en sacrificarte por salvarlos de la miseria.

Julieta no contestó; en su interior se decía, que hubiera hecho ella, colocada entre el cariño que profesaba á su família y el que sentía por su novio. Dió mentalmente gracias á Dios por no someterla á tan dura prueba y luego trató de distraer á Margarita.

—¿Siempre te vas para Colón? le preguntó.

— Sí; y cuento con que irás á pasar una temporada conmigo.

— ¡Ya lo creo que iré!

— Pero... — dijo Margarita vacilando - tendrás que renunciar á ver á tu novio; ya sabes que á Pedro no le gustan visitas de jóvenes.

— ¡Cómo ha de ser!... Nos veremos de lejos. ¡Tiene cada idea ese viejo ridículo!

— ¡Silencio, Julieta! No olvides que á él se lo debemos todo.

— Eso es verdad... pero ¿por qué no trata de hacerte feliz? ¿por qué te tiene siempre encerrada? Debería comprender que á tu edad eso no es soportable. Bueno, lo que hay es que el pobre hombre es celoso.. Yo también lo sería si fuera tu marido, ¡eres tan linda!

— Calla burlona; no sientes lo que dices.

—¡Qué no!

— Mira, — dijo Margarita como cediendo á una idea que la torturaba — no creas que lo que yo echo de menos son las diversiones. Yo hubiera sido feliz casándome con un hombre á quien quisiera mucho...mucho .. aunque fuera pobre.

— ¿Quieres que te diga con quién?

— ¡Oh no! No quiero que digas nada.

Sin atender á su hermana, Julieta la atrajo á sí y pronunció un nombre en su oído. Mar-

garita al oirlo se puso pálida como la muerte y se desprendió bruscamente de los brazos de la joven.

— ¡ No sabes lo qué dices ! ¡ ni el mal que haces ! Eres una niña aturdida, Julieta.

La joven unió sus manos con adorable ademán de arrepentimiento y murmuró :

— ¡ Perdóname !

— Sí, te perdono ; — murmuró Margarita, besándola -- pero no vuelvas á hacerlo. ¡ Me has causado mucho daño !

Ambas guardaron silencio unos instantes ; la señora de Real, muy conmovida, parecía luchar con sus recuerdos. Julieta la miraba con tristeza y ternura comprendiendo mejor que nunca, cuanta abnegación se encerraba en el alma de su hermana.

Julieta fué la primera en hablar ; deseosa de reparar su imprudencia, cambiando el giro de las ideas de Margarita, le dijo :

— Ahora que pienso... ¿ cómo vas á festejar el cumpleaños de Cecilia, ya tan cercano ? Podías dar un baile...

— ¡ Sí ! Háblale á Pedro de bailes y verás cómo se pone.

— Sí yo se lo pido, tal vez no me diga que no.

— Pero después se enojará conmigo.

—Entonces no le digo nada.

— Al contrario, háblale.

— ¿ Y si después te mortifica?

Margarita se encogió de hombros.

— De todos modos lo hace y un disgusto más ó menos, ¿qué importa? Quiero ver cómo recibe la idea.

El deseo de complacer á su hermana y el muy excusable, de gozar de otra sociedad que la poco amena de su marido, hizo que Margarita apoyara el proyecto.

El día transcurrió en un soplo. Julieta llevaba consigo la alegría y además se impuso el deber de distraer á su hermana.

Real volvió aquella tarde á su casa de bastante malhumor; había tenido un contratiempo en sus negocios y por consiguiente no podía Julieta haber elegido peor oportunidad para hablarle de sus proyectos de baile.

Margarita, que notó la preocupación de su esposo, estuvo por decirle á Julieta que desistiera de su propósito; pero la vió tan animosa y decidida que no quiso contrariarla y, entre ilusionada y temerosa, esperó el resultado del proyecto.

Julieta procuró quedar sola con su cuñado y la niña; luego con mil gracias y zalamerías que, embelesando á Real, disipaban su contrariedad, trató de encaminar la conversación á terreno favorable.

— ¡Qué linda y crecida está Cecilia! se parece más á usted cada día, dijo acariciando

á la niña que don Pedro tenía sobre sus rodillas.

—¿Te parece?—preguntó él sonriendo con satisfacción.

—¡Ya lo creo! Y pronto cumplirá cinco años...

—El veintidos de este mes.

—Pues lo que es para ese día es preciso que organicemos una linda fiesta, sin reparar en gastos ¡una fiesta de la que se hable mucho tiempo!

—Ya comprendo, picarona; quieres divertirte. Pues bien: te prometo que te divertirás.

—¿De veras?—preguntó la joven cuyos negros ojos centellearon de alegría.

—De veras. Ese día iremos todos á la quinta y comeremos entre los árboles, un buen asado, á la criolla; en confianza, se entiende. Después podemos organizar un paseo á caballo y hasta fuegos artificiales, si quieres.

—Es muy lindo todo eso,—observó la joven, sin desconcertarse aún—pero... ¡bah!... ir al campo á fatigarse y llenarse de polvo! Me gustaría más la fiesta aquí, en la ciudad

—¡Aquí! ¿Y cómo quieres que se haga eso aquí, niña?

—Eso precisamente, no... pero, si yo me atreviera, diría mi parecer.

—Veamos... habla.

—¿Me promete que va á decir que «si».

—Sepamos primeramente lo que es—dijo gravemente Real.

—Pues bien... yo creo que unas cuantas amigas y amigos reunidos aquí, un poco de música y, si acaso, «unas vueltas» sería mejor,

Real dió un salto en su silla.

¡Un baile!—exclamó colérico—¡Un baile en mi casa!... ¿te has vuelto loca, criatura?

—¿Y qué mal habría en ello?—preguntó valientemente Julieta.

—¿Cómo qué mal? No sé cómo me contengo al oirte.

¡Bien lo quisiera Margarita, porque apuesto que es de ella la idea!

—Mi hermana no sabe de lo que se trata—dijo con firmeza la joven—ni hay motivo para tanto barullo. Si no quiere, con decir «no» asunto concluido.

—Es que me he indignado... Sabe Dios cuantos planes habías formado á mi costa, para esa noche, en unión del «pela-gatos» de tu novio.

Julieta se levantó con los ojos brillantes.

—¡No insulte á César!—dijo con energía. Si es pobre, es también bueno y bien educado. Sabrá, el día que se case, hacer feliz á su mujer.

—¿Quieres decir con eso que yo no hago feliz á la mía?—rugió Real cada vez más

irritado. ¿Se atreve Margarita á quejarse de su suerte? ¡Bueno sería que yo lo llegara á saber!

—Margarita es demasiado noble y altiva para quejarse—dijo dolorosamente Julieta; y tomando de la mano á Cecilia, que miraba á su padre y á su tía con los ojos muy abiertos, salió de la habitación.

Real quedó murmurando:

—¡Bailes! ¡Bailes!... ¡Ya les daré bailes!... Y con que modo me ha hablado esa chicuela impertinente.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por el semblante entristecido de su hermana, conoció Margarita que la negociación había fracasado y preguntó toda asustada:

—¿Se ha enojado mucho?

—¡Se ha enojado! ¡Se ha indignado! ¡Se ha enfurecido!... ¡Pobre Margarita! qué hombre tan grosero es tu esposo.

La blanca mano de la señora de Real se posó vivamente sobre la boca de su hermana.

La joven se arrojó en sus brazos y por un momento las dos hermanas permanecieron unidas en tierno y hermosísimo grupo. Cuando se separaron, ambas tenían las mejillas bañadas en lágrimas; las de Julia, redondas y rosadas, parecían dos encendidas rosas hú-

medas por el rocío, mientras las de Margarita, suaves y pálidas semejaban los pétalos de una azucena que recibiera el beso perfumado de la noche.

Cecilia las distrajo pronto con su charla infantil y sus gracias.

Era una preciosa criatura, la hija de Margarita á quien se parecía en la pureza de las facciones, diferenciándose bastante en el tipo, que había heredado de su padre. Tenía quizás demasiado moreno el rostro, pero con ese color dorado y hermoso, peculiar á las razas de Oriente, á las que hubiera podido creerse que pertenecía; sus cabellos y sus grandes ojos eran casi azulados de tan negros; su boquita de púrpura, sus mejillas aterciopeladas, sus cejas de seda, prometían una de esas bellezas extrañas é irresistibles, todas fuego, todas pasión.

## X

## EL CUMPLEAÑOS DE CECILIA

El cumple-años de Cecilia tuvo que ser solemnizado según la omnipotente voluntad de don Pedro. Toda la familia fué á pasar el día á una preciosa quinta que los esposos Real poseían en villa Colón.

Margarita y su marido quedaban, desde ese día, instalados para pasar el verano, como acostumbraban todos los años.

Las personas invitadas á la pequeña fiesta campestre, eran si se exceptúa dos ó tres íntimas amigas de Margarita, todas de la familia.

Debía asistir también Eduardo Viñas que, como padrino de la festejada, no podía menos de ser invitado. Además, don Pedro que desconfiaba hasta de su sombra, no tenía celos de su sobrino; espíritu vulgar, sólo se guiaba por las apariencias y estas jamás, habían dejado traslucir en Eduardo, el más mínimo interés por su tía política; por el contrario, la trataba con la mayor frialdad las pocas veces que la veía, y, por su parte Margarita no preguntaba jamás por Eduardo aunque pasara un año sin verlo.

Un observador inteligente hubiera comprendido que esta indiferencia entre dos jóvenes que se habían querido en otro tiempo como hermanos, podía muy bien ocultar un amor combatido cuidadosamente por ambas partes por las voces del deber; pero Real, que no era inteligente ni mucho menos, no hacía estas deducciones. Por el contrario, hasta solía pensar que Eduardo, considerando á Margarita como una intrusa en su familia, le había cobrado antipatía!...

Así es que él mismo invitó á su sobrino para que formara parte de los concurrentes al paseo, y el joven aunque se excusó primero con varios pretextos, tuvo que acceder al fin.

Recién á las cuatro de la tarde se presentó Eduardo en la quinta, hallando á las personas de la familia y algunas amigas de confianza, reunidas bajo una preciosa glorieta, tomando dulces y refrescos y conversando alegremente. De los invitados solo faltaba Héctor, el yerno del dueño de casa, porque sus ocupaciones lo retenían hasta más tarde.

Después de saludar y cambiar algunas palabras con las personas allí presentes, Eduardo dirigió una furtiva mirada á Margarita, que le pareció más bella que nunca.

Una gran alegría, al verse rodeada de toda su familia, brillaba en los ojos de la señora de Real, haciendo su mirada más luminosa; sus formas con los años, habían adquirido morbideces de estatua y su rostro poseía un sello de tierna gravedad que la hacía más interesante.

Su traje de casa, color celeste pálido, armonizaba divinamente con la blancura de su tez; una rosa apenas entreabierta estaba prendida entre las ondas de sus cabellos cas taños. Habíale puesto Julieta aquel cándido adorno y se lo había dejado á instancias del

mismo don Pedro, encantado del realce que aquella flor daba á la belleza de su Margarita.

De una sola mirada abarcó Eduardo todos estos detalles; ahogó un profundo suspiro y tomando á su ahijada de la mano, se encaminó por una calle de árboles, profundamente pensativo.

Cecilia muy contenta, empezó á charlar en su media lengua infantil; pero al ver que el joven no le hacía caso, le preguntó de pronto:

— ¿ Estás enojado conmigo. padrino?

— No; mi hijita ¿por qué lo había de estar?

— Entonces ¿por qué no me contestas?

— No te había oido, Cecilia.

— Mamita no me llama Cecilia.

— ¿Y cómo te llama?

— China.

— A la verdad, — dijo él sentándose en un banco rústico y sentando á la niña á su lado — que el sobrenombre no puede ser más apropiado. ¡Pobrecita! — continuó para sí — á veces me parece quererla y á veces la odio cuanto puede odiarse una criatura humana. Si no fuera por Cecilia, quizá Margarita abandonaría á ese hombre, que harto revela su rostro lo que la hace sufrir; quizás escuchara la voz de mi amor y consintiera en huir conmigo á cualquier rincón del mundo, aunque fuera para morir los dos allí.

Pero es madre y sufrirá mil martirios antes que empañar el nombre de su hija.

Eduardo se equivocaba en su raciocinio; jamás hubiera faltado Margarita á sus deberes aún sin ser madre, era un alma demasiado pura y altiva para rebajarse hasta aceptar un amor culpable. Quizás cansada de sufrir se hubiera separado del hombre que tan vilmente la trataba, pero sin abandonar por eso el camino de la virtud.

No dejó de presentarse esta idea á la mente de Eduardo; pero se dijo que á lo menos Margarita no tendría que soportar las injusticias y ridiculeces de su marido.

Luego Cecilia tenía la culpa de los sufrimientos de su madre y él tenía razón para no quererla, ó á lo menos lo creía así.

Una voz varonil que lo llamaba por su nombre interrumpió sus reflexiones. Volvióse y vió á Héctor del Valle que venía en su busca.

Los dos jóvenes se dieron un cariñoso apretón de manos.

—¿Hace mucho que llegaste?—preguntó Eduardo.

—Recién; me dijeron que andabas paseando con la nena y he venido á buscarte, aunque tú sigues en la manía de huir de las gentes.

— Tú, único ser que conoce mis secretos, sabes muy bien porqué no estoy allí.

— ¿ Siempre enamorado de... ?

Eduardo lo interrumpió señalándole con el gesto á Cecilia.

— ¿ Qué puede comprender esa criatura de lo que hablamos ?

— Te equivocas ; es viva como un rayo.

Como si Cecilia hubiera querido dar la razón á Eduardo, echó á correr y al poco rato volvió con una picaresca expresión en su carita.

— ¿ Qué fuiste á hacer ? — preguntóle Héctor.

— A mirar á tía Julieta, que está hablando con el novio.

Héctor y Eduardo miraron en la dirección que indicaba la niña y vieron en efecto á Julieta que, aprovechando el momento en que todos estaban entretenidos, conversaba con un joven al través de la verja.

— ¿ No te lo dije ? — Nada se le escapa ; — dijo Eduardo — si repite esto delante de su padre, Julieta no lo va á pasar muy bien.

— De veras, porque mi suegro es ridículo hasta no poderlo ser más.

— ¡ Pobre Margarita ! — murmuró Eduardo.

En aquel momento, Julieta temerosa al ver que se acercaban dos personas puso fin á su dulce coloquio y se separó de la verja.

Cuando reconoció á Héctor y Eduardo se tranquilizó, pues ambos jóvenes eran muy amigos suyos.

— La hemos asustado é interrumpido, Julieta — dijo Héctor después de saludarla.

— No importa, — contestó sonriendo la joven, — es mejor que se haya ido, pues podría venir mi cuñado y diría que le estoy «deshonrado» la casa.

Julieta, dichas estas palabras tomó á Cecilia de la mano.

— No te descuides; te ha visto y puede contar — le dijo Eduardo.

— Pierde cuidado — contestó la joven alejándose con su sobrinita.

Oigamos entre tanto, algo de lo que se conversaba en donde estaba reunida la familia y dos señoritas amigas de la señora de Real. Una de ellas se dirigía en aquel momento á Margarita, hablándole de un libro interesante que había leído.

— ¿Lo conoces? — le preguntó.

— No; pero lo he oído ponderar y tengo muchos deseos de leerlo.

— Puedo préstartelo, si quieres.

Real intervino, diciendo con rudeza:

— Voy á pedirle un favor, Clara, y es que no le preste más libros á Margarita. Desde que usted le ha inventado «eso de las lecturas» tiene la cabeza llena de novelas. Lo que

yo quiero es que cuide de su casa y de su hija; con eso tiene bastante para entretenerse.

La joven aludida se sonrojó con aquella grosería y no acertó á responder; la señora de Gómez miró á su hija, que contenía con trabajo lágrimas de vergüenza y de ira, y quizás por vez primera sintió un agudo remordimiento. Los demás experimentaron una especie de malestar; pero sólo Juana intervino en favor de Margarita, diciendo á su padre con la autoridad de hija mimada, que solía emplear con él:

—¡Vamos, papá! Lo que es á ti, no hay medio de contentarte. ¿Qué mal hay en que la pobre Margarita lea un buen libro, para distraerse un rato?

No por eso va á descuidar sus obligaciones...

—¡Sí! ¡sí! No me extraña que la defiendas, porque á ti te gusta mucho todo eso y bastante tenía yo que «predicar» cuando estabas á mi lado.

—En cambio, ahora, mi esposo no me reprende jamás—contestó Juana con dulce gravedad, como si quisiera dar un consejo á su padre.

Héctor y Eduardo, que llegaban en aquel momento, hicieron variar la conversación. Ambos habían escuchado sin ser vistos el

diálogo anterior; y, al sorprender la confusión en todos los semblantes, dibujóse en los labios de Eduardo amarga y burlona sonrisa, mientras Héctor envolvía á Margarita con una mirada de inmensa piedad.

## XI

## DOS DESGRACIAS

Una mañana, á principios de Enero, vinieron á avisar á don Pedro que su hija Juanita, acababa de dar á luz un niño que no había vivido y que el estado de la madre inspiraba serios cuidados.

Don Pedro, alarmadísimo, partió inmediatamente para la ciudad, dejando á Margarita en la quinta, pues se hallaba algo enferma para acompañarlo.

La joven que amaba tiernamente á la hija de su esposo, recomendó á éste que le avisara cómo seguía Juana; no obstante lo cual quedó inquieta y pasó el día dominada por tristes presentimientos, sin recibir noticias de la enferma.

Como las cinco de la tarde serían, cuando Eduardo se presentó en la quinta; venía muy pálido y solicitó ver á Margarita enseguida. Cecilia lo vió llegar y corrió á abrazarlo.

—¿Y tu mamá, nenita?--preguntóle Eduardo.

—Está en el jardín, ven, vamos á buscarla.

El joven siguió á la niña y la sirvienta, viendo que el visitante no esperaba que lo fueran á anunciar, se retiró sin extrañeza. Sabía que era sobrino de don Pedro y como tal podía ser recibido sin mayores cumplimientos.

Margarita se hallaba en efecto en el jardín, sumamente pálida por la indisposición que la aquejaba, leía medío recostada sobre un banco de madera rústica.

El día había sido sofocante, recién á esa hora el calor del sol parecía algo amortiguado por algunas nubes que, con ribetes oscuros y rojizos, anunciaba próxima tormenta. Las flores, marchitas por la caldeada atmósfera, se inclinaban con pena, esperando en vano un soplo benéfico que la reanimera.

Margarita, en los momentos que Eduardo iba llegando junto á ella, había abandonado el libro sobre sus rodillas y miraba tristemeute las plantas. Ella sentía también un malestar extraño, una gran angustia, y se inclinaba, con abatimiento, como las pálidas rosas que los ardientes besos del sol habían hecho doblar hacia la tierra.

Al oir la voz de su hija, que la llamaba, volvióse tratando de sonreir, pero al ver

que venía acompañada de Eduardo se puso de píe, exclamando casi azorada:

—¡Eduardo!

—¡Margarita!— murmuró él tendiéndole la mano que ella estrechó levemente; luego sin que ni uno ni otro acertara á decir nada más se miraron turbados, temblorosos y oprimidos.

Era la primera vez que, después de seis años, Eduardo se hallaba á solas con Margarita y una violenta ráfaga, mezcla de pasión, de cólera y de amargura, inundó su alma. Olvidóse de la triste misión que allí le conducía, borróse de su mente el recuerdo de su prima, muerta hacía unas horas, y á quien tanto había llorado... Todo... todo desapareció de su imaginación y de su vista menos Margarita, más interesaute que nunca en su palidez y turbación, en medio de aquel jardín exuberante, en donde hasta la más humilde florecilla había recibido el beso cálido del amor.

Con objeto de ocultar un instante su turbado rostro, Eduardo sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente, que una gren angustía perlaba de ligero sudor...

Un objeto cayó, de su bolsillo, al suelo, y de él se apoderó Cecilia, sin que ninguno de los dos jóvenes lo notara; la niña se alejó unos pasos y se puso á jugar sobre la hierba.

Margarita fué la primera en hablar, sacudiendo su momentánea embriaguez y murmurando con voz trémula y casi espantada:

--¿Qué es lo que deseas, Eduardo? Te ruego seas breve; porqué Pedro no está y no puedo recibirte en ausencia suya.

El joven no contestó; buscaba en vano una frase que no acudía á sus labios.

--Vamos, habla; --prosiguió Margarita, que recobrabe su energía --¿qué es lo que vienes á buscar aquí?

--¿A qué he venido?--murmuró él como si hablara en sueños—ni lo recuerdo ya. Al verte todo se me olvida.

Aquellas palabras trastornaron á Margarita; creyó que una idea culpable traía á Eduardo y exporimentó un gran terror al pensar que su marido pudiera llegar en esos momentos.

--¡Vete!--exclamó con angustia ¡vete! que puede llegar Pedro ..

Este nombre en lugar de volver á Eduardo á la realidad, produjó en su alma una especie de vértigo.

--¿Y qué me importa?--repuso violentemente --¿Qué me importa á mí de su esposo, señora? ¿Tanto le teme usted ó es porque me crée poco caballero que pretende huir de mi lado?...

En efecto Margarita quiso alejarse, pero

él la retuvo casi groseramente por una mano.

—¡Déjame¡— exclamó ella deponiendo su altivez y ahogada por el llanto—en nombre de nuestra amistad de niños, no me hagas más desgraciada de lo que soy ...

Ah¡—exclamó él soltándola, avergonzado de su arrebato, pero dirigiendole una mirada tan suplicante que la detuvo.—Eres desgraciada...lo confiesas; pues bien yo soy mil veces más desgraciado que tú; yo que desde hace seis años no sé lo que es una hora de dicha, que sufro, al verte, los tormentos de un condenado y que me he preguntado mil veces si no hubiera obrado mejor matándote que permitiendo fueras de otro!

Por dos veces la señora de Real quiso interrumpir á Eduardo; pero no lo hizo. A su pesar, aquellas palabras, que tenían tanto de violentas como de apasionadas, resonaban como música dulcísima en sus oídos; y su pobre alma que no había conocido el amor se deleitaba en ellas... Demasiado ingenua para reprimir un amargo reproche qne acudió á sus labios, contestó:

— Tú amabas á otra «entonces»... ¿por qué decirme todo eso «ahora»?

—¿Amar á otra?— dijo Eduardo dejándose arrastrar más y más por el encanto peligroso de aquella situación—¡Nunca! Te lo juro; sólo á tí he querido. Mis amores con Laura

fueron una necia inspiración de mi orgullo, una cobardía incalificable. Sí, — prosiguió alentado, y exaltándose al ver que Margarita le escuchaba palpitante; — lo he comprendido; por desgracia demasiado tarde: fuí un niño cobarde y necio, Margarita, cobarde, por haber renunciado tan fácilmente á ti, necio, por haber creído vencer mi dolor desafiándolo. Pero he sido cruelmente castigado, pues no ha transcurrido una hora, un minuto, sin que me maldiga por haberte perdido mi dulce, mi buena, mi encantadora Margarita!...

Las últimas palabras de Eduardo se ahogaron casi en un sollozo é intentó tomar nuevememe la mano de la joven; pero ella vuelta en sí por aquel movimiento, aterrada por la vehemencia del joven, que su imprudente reproche había provocado, lo rechazó con repentina firmeza.

— ¡Basta, Eduardo! — dijo con dolorosa dignidad — ni una palabra más ó me retiraré llevando de tí un amargo recuerdo. Ignoro qué idea fatal te ha conducido aquí; pero sea lo que fuere te perdono, con la condición de que no volverás á turbar mi conciencia ni mi reposo. Esta escena ha sido indigna de los dos...

Vuelto á la realidad por las palabras de Margarita, Eduardo bajó la cabeza con abatimiento; ella prosiguió con más dulzura.

— Y ahora vete, Eduardo. Cada minuto que transcurre es un peligro para mi honor y mi tranquilidad.

El amoroso delirio de Eduardo se había disipado bajo el sano influjo de las palabras de la señora de Real.

Margarita, — murmuró avergonzado, — perdóname un momento fatal de locura. Al venir aquí no traía intención de turbar tu reposo, no lo creas; todo ha sido obra de una alucinación, que si alguna excusa tiene es mi largo sufrimiento. Pero antes que te explique porque estoy aquí, quiero hacerte una pregunta, una sola, acaso porque es la primera y será la última ocasión que tengo para ello. ¿Quieres contestarme, Margaríta?

— No, Eduardo; no puedo ni debo escucharte.

— Amiga, hermana mía, yo soy quien invoca ahora nuestra amistad de niños. No temas; la locura ha pasado y nada te pediré que pueda causarte remordimiento. Mírame ahora, ¿crees que pueda ofenderte?

Margarita levantó su frente; en sus ojos arrasados en lágrimas se leía el inocente valor de la virtud. Segura ya de sí misma y deseando terminar cuanto antes aquella peligrosa entrevista dijo:

— Sea, te escucharé.

— ¿Y me contestarás?

— Sí, habla Eduardo y haz que no tenga que arrepentirme por haber confiado en ti.

— Pues bien: si en el tiempo que eras libre te hubiera dicho: « Margarita, no te cases, porque te amo y si eres de otro, seré el más desgraciado de los hombres » ¿qué me hubieras contestado?

— ¡ Eduardo!

— Responde; lo has prometido.

— Y después que te conteste, ¿que harás?

— Me iré para siempre; pondré inmensa distancia entre los dos. Con un infierno ó un consuelo en el alma, partiré.

— ¡ Júralo!

— Por el nombre de Dios y la memoria de mi madre, lo juro.

— Pues bien, — murmuró ella con voz lenta, conmovida y solemne — te hubiera contestado: « Eduardo, olvídame, yo no me pertenezco. Sacrifico mi dicha en favor de los míos ».

Eduardo dejó escapar un grito mitad de alegría, mitad de pena.

— ¡Luego sacrificabas tu dicha! ¡ hubieras sido feliz á mi lado! Me hubieras amado, en fin!...

— ¡Eduardo, por piedad, basta! Ya te he contestado; cumple ahora tu juramento.

— Lo cumpliré, no te dudes; voy á morir de dolor lejos de ti.

— ¿Por qué á morir? Eres joven, lleno de esperanzas .. La vida te brindará todos sus dones; olvídame y elige una buena esposa. Yo no puedo ser nada para ti en este mundo pero...

Un grito de angustia de Cecilia cortó la palabra á Margarita; volvióse asustada y lanzó una exclamación desgarradora:

— ¡Hija de de mi alma! ¡se quema! — gritó como loca, corriendo en pos de Cecilia, cuyo vestidos comenzaban á arder, en efecto. Pero rápido como el pensamiento Eduardo la detuvo.

— ¡Quieta, si quieres que la salve — dijo.

Margarita lo miró con extravío y cayó medio desvanecida sobre el banco que poco antes ocupara.

Eduardo voló mejor que corrió hacia la niña; pero no lograba alcanzarla porque ella huía espantada como sucede siempre, por desgracia, en estos casos. Afortunadamente tropezó en una piedra y cayó; el joven, arrojándose sobre ella, trató de apagar sus incendiadas ropas apretándola contra sí y quemándose cruelmente las manos. Margarita, reanimada por el amor maternal, á pesar de las súplicas y hasta amenazas del joven, había corrido á ayudarlo. Cuando, entre ambos, consiguieron extinguir el fuego, la pobre criatura estaba desvanecida por el humo y el terror.

Margarita sollozaba con desesperación.

—¡Está muerta, mi pobre hija, mi hija querida!—decía cubriendo de delirantes besos el pálido rostro de la niñita que las llamas no habían tocado

—No, Margarita, está desmayada solamente, murmuraba Eduardo, tratando de calmarla. Ven, vamos á llevarla á su cama.

Y el joven, con Cecilia en brazos, se dirigió á las habitaciones, seguido de la afligida madre.

Las sirvientas, que habían acudido á los gritos, se miraban aturdidas y consternadas sin comprender como había ocurrido aquella desgracia.

Una caja de fósforos, hallada en el lugar donde había estado jugando Cecilia, aclaraba algo el doloroso suceso; pero lo que resultaba inexplicable era cómo se había apoderado Cecilia de una cosa, que estaba siempre fuera del alcance de sus traviesas manecitas.

## XII

## ¡POBRE MARGARITA!

Margarita y Eduardo, examinaron con las mayores precauciones á la niña y vieron que tenía quemaduras, al parecer de consideración, en distintas partes del cuerpo.

—Tengo el carruaje á la puerta y voy á buscar un médico —dijo Viñas. Aquí cerca vive uno á quien conozco y ¡haga el cielo que esté en su casa!

—Vé, balbuceó Margarita, y luego, con aire de loca, agregó estas palabras, que disculpaba la violencia de su dolor: —si muere mi hija, te aborreceré, pues toda la culpa de esta desgracia es nuestra ó, mejor dicho, tuya...

El palideció, como si toda la sangre se retirara de sus venas; inclinóse en silencio y salió para ir en busca del doctor.

No tardó mucho en regresar; el médico felizmente, lo acompañaba y no bien examinó á Cecilia tranquilizó á la afligida Margarita. Dijo que las quemaduras, si bien algo graves, no eran en modo alguno mortales, y como habia traído todo lo necesario hizo la primera cura á la niña, que había vuelto en sí gimiendo dolorosamente; después se despidió prometiendo volver al día siguiente y asegurando de nuevo á Margarita que la vida de su hija, no corría, por el momento, peligro alguno.

Quedaron nuevamente solos, Margarita, cuyo dolor aumentaba á cada gemido de su hija, y Eduardo, que consternado no sabía qué hacer.

Era bien cierto que él era responsable de aquella horrible desgracia. No sólo había

distraído á Margarita haciéndole descuidar á su hija sino que (circunstancia que todo ignoraban) los fósforos eran suyos. Se le habían caído del bolsillo al sacar el pañuelo y Cecilia, muy contenta con tener un juguete que siempre le era negado, se había apoderado de ellos. Su travesura infantil le inspiró la idea de encenderlos, y así lo hizo, hasta que uno prendió fuego á su ligero vestidito de muselina.

Aparte de esto otro motivo hacía difícil la situación de Eduardo: nada había dicho aún á Margarita de la muerte de Juana. En su egoísta y amoroso delirio, había querido ante todo, aprovechar aquella triste ocasión, que jamás volvería á presentársele, para desahogar su alma oprimida, durante tantos años por un amor sin esperanza.

¿Pensaba Eduardo, al encargarse de llevar la noticia de la muerte de Juana, turbar con sus amorosas palabras la tranquilidad de Margarita? Le hemos oído asegurar que no y en su interior afirmaba esto mismo. Decíase que una vez en presencia de la mujer querida, su amor había sido más fuerte que su voluntad... ¡había sufrido tanto!... Pero yo no me atrevería á afirmar que no fué un amoroso impulso que llevó á Eduardo á la quinta, en aquellos momentos que sabía muy bien, le sería fácil ver y hablar á Margarita

á salvo de las celosas miradas de su marido.

Sin embargo, debo hacer justicia al joven. Ni por un momento pensó aprovecharse de la casi inconsciente manera con que Margarita le había dado á entender que no era insensible á su amor, al mismo tiempo que le quitaba toda esperanza de una criminal correspondencia. Estaba decidido á cumplir su juramento de alejarse, para dejarla tranquila; pero no á olvidarla, como ella le pedía, sino á vivir con la dulce ilusión de que sus almas se comunicarían al través de la distancia. Si algún día llegaba ella á ser libre, él volvería para ofrecerle, con su mano, un corazón lleno de ternura.

¡Generoso idealismo, que muchos hallarán ridículo; pero que, al encontrar una mujer verdaderamente nerviosa, suele sentir el hombre á los veinticinco años de la vida.

Las palabras de Margarita: «si muere mi hija, aborreceré» se clavaron como puñales en el corazón de Eduardo. Aunque comprendió que solo el dolor podía inspirarlas, estaba muy cierto de que un abismo se abriría entre él y la mujer amada si Cecilia llegaba á morir: la pobre madre creería siempre que ella había tenido la culpa de aquella desgracia, descuidando á su hija por escuchar á un loco enamorado y no podría menos de mirar á éste con verdadero horror.

Así que Eduardo de quien aquella inocente niña no había merecido un beso de cariño, Eduardo que en sus malos momentos la odiaba y que aún en sus horas de calma no podía tenerle el menor afecto, rogó humildemente á Dios por la vida de Cecilia y sí, en cambio, le hubieran pedido la suya la hubiera dado sin vacilar.

Armándose al fin de valor el joven, dió con precaución, á Margarita la triste noticia de la muerte de Juana.

Margarita la escuchó con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto y derramando acerbas lágrimas que se unían á las que le arrancaban los padecimientos de Cecilia.

— ¿ Qué voy á hacer ahora ? — gimió la infeliz. Mi deber sería estar en estos momentos al lado de mi esposo y no puedo porque tendría que abandonar á Cecilia.

¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

— ¿ Quieres que vaya á buscar á tu mamá para que la cuide ?

— De todas maneras yo no me separaré de mi hija.

¿ Cómo podría vivir un momento lejos de su lado sabiendo que sufre, que quizás al volver, la hallaría muerta ? ¡ Muerta !... repitió horrorizada — ¡ Dios mío, si me quitas á mi hija, llévame también á mí !

Todo lo que he sufrido, todo lo que tendré que sufrir aún, nada es: lo acepto gustosa; pero concédeme la vida de este ángel dorado!

Eduardo trataba de calmarla.

— Cecilia vivirá, el médico lo ha dicho. Se razonable, Margarita y oye: yo le diré á tío que la niña está un poco enferma y que, no bien se mejore, irás á la ciudad.

— Sí, eso es lo mejor... ¡gracias Eduardo! Y perdóname si aun no te las he dado por haber salvado á mi Cecilia de la muerte; pero estoy medio loca. No sé lo que me pasa.

— Nada tienes que agradecerme, Margarita; por el contrario, razón te ha sobrado para culparme de lo que sucede; pero... — continuó con voz trémula — no me aborrezcas porque, á ser posible, yo daría gustoso en estos momentos, mi vida por la de tu hija...

— ¿No te digo que no hagas caso de mis palabras?...

Y ahora, vete Eduardo, te lo ruego. Pedro puede saber que has pasado aquí mucho tiempo y hará suposiciones injustas, que es necesario evitar.

— El mismo me pidió que viniera á avisarte lo que pasaba...

— No importa; vete y hazme el favor de avisar á mi familia la triste situación en que me encuentro.

¡Ah! Si me hubieras dicho enseguida el objeto de tu visita, ¡cuántas cosas podrían haberse evitado!

— Sólo una desgracia tenemos que lamentar por mi imprudencia, Margarita: la ocurrida á tu pobre hija. Lo demás olvídalo, si quieres; pero no te lo reproches. En nada hemos faltado; somos dos almas fuertes que cumpliremos el rudo deber hasta que el cielo disponga otra cosa. No creas que quiero decir con esto que me amas ni me atrevo á pedírtelo, solo te ruego que no guardes un mal recuerdo de mí. Ya no turbaré más tu reposo, voy á alejarme hasta el día en que podamos vernos sin remordimientos, en esta vida ó en la otra. ¡Adiós! — concluyó conmovido hasta un punto indecible y estrechando suavemente la mano que la joven le tendía, sin mirarle, por no delatar su dolor — hasta un día más feliz ó hasta la eternidad, Margarita!...

— ¡Adiós! — murmuró ella señalando el cielo con la mano.

Sus almas se unieron en una mirada de suprema despedida y un momento después el rumor de un carruaje anunciaba á Margarita que Eduardo partía.

Entonces acusándose como de una culpa por haberle escuchado, temblorosa porque

creía amarle, estalló en sollozos y se dejó caer de rodillas ante el lecho de Cecilia...

## XII

## CELOS Y SUFRIMIENTOS

Don Pedro abrumado por el inmenso dolor que experimentaba no prestó atención alguna á lo que Eduardo le decía para explicarle la ausencia de su esposa; la pérdida de aquella hija tan querida, arrebatada violentamente á la dicha y al cariño de los suyos, le había sumido en una especie de atontamiento del que tardó mucho en volver.

Recién al día siguiente de enterrada la pobre Juanita, se acordó de que tenía mujer y otra hija y preguntó por Margarita, extrañado de no verla allí.

Se le repitió que estaba Cecilia enferma y entonces reprochándose el haber olvidado á su pequeña hijita por llorar á la muerta, partió inmediatamente para la quinta.

Cuando llegó, Margarita se disponía á ir á la ciudad, pues Cecilia seguía mejor y la dejaba al cuidado de su madre. La joven recibió con más cariño que de costumbre á su marido, condolida por el sufrimiento que revelaba su rostro; pero al presentarle su frente para que la besara él la rechazó.

—¿Qué tiene Cecilia?—preguntó con tono áspero.—¿Es tan grave su enfermedad que te ha impedido acudir donde era tu deber?...

Margarita narró con voz temblorosa lo ocurrido, disfrazando un tanto la verdad al decirle que sobrecogida por el dolor que le causara la muerte de Juanita, no había visto cuando Cecilia se puso á jugar con los fósforos y que ignoraba (esto era cierto) como se había apoderado de ellos la niña. Contóle cómo Eduardo la había salvado de una muerte segura y puso sin querer tanta animación en sus palabras que por la mente del celoso marido, cruzó una sospecha.

—¡Ah!—dijo con ironía—¿con qué fué tanta tu ofuscación que te impidió ver lo que hacía tu hija á dos pasos de distancia?... ¡Nunca imaginé fuera tan grande tu cariño por mi pobre Juana!

Vamos, se franca, ¿fué la noticia de su muerte ó la presencia de mi señor sobrino lo que te distrajo?...

—¡Pedro—murmuró la joven entre irritada y suplicante.

El continuó cada vez más exaltado:

—¡Con razón no me gustan esos mozalbetes en casa!

¡Y Eduardo... á quien yo consideraba como un hijo!...

Pero no pondrá más los piés aquí; yo me

encargaré de decírselo para remediar, si es que tiene remedio, la bobería que cometí mandándolo como mensajero. ¿En qué estaría yo pensando?. . ¡Nada tiene de extraño que se haya quemado Cecilia!

Margarita se había ido poniendo cada vez más pálida á medida que iba hablando su esposo; su honradez se reveló ante el ultraje que encerraban aquellas palabras y con voz que, por vez primera, era irritada, desdeñosa y vibrante, dijo:

—Tus viles sospechas no me alcanzan; mi honor y mi conciencia hacen que las desprecie, como merecen; pero te prohibo que digas nada á Eduardo, ¿lo oyes? ¡te lo prohibo!

Don Pedro miró á su mujer como si la creyera loca, aquello le parecía un sueño: ¡Margarita levantando la voz en su presencia, imponiéndole órdenes!...

Pensó si no estaría loco él; pero pronto reaccionó y tomando violentamente á la joven por un brazo gritó, con voz que silbaba al salir de sus labios trémulos por la ira:

—¡Pero desgraciada!... ¡aún te atreves á desafiarme!... ¡aun te atreves sin temor á que te deshaga entre mis manos!...

Y al decir esto oprimía con tanta fuerza las delicadas muñecas de Margarita que parecía iban á romperse entre sus manos de hierro.

— Puede usted hacerlo; balbuceó la infeliz joven, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, pero con voz que había recobrado su habitual y resignada dulzura — yo se lo agradeceré porque así á lo menos terminarán mis sufrimientos.

Don Pedro, avergonzado ante la calma sublime de su esposa, la soltó; miróla un momento como si quisiera pedirle perdón ¡un perdón por el que hubiera dado la vida! pero no lo hizo. El orgullo indomable de su alma triunfó de aquel buen impulso y salió de la habitación, cerrando violentamente la puerta.

Margarita, trémula, desfallecida, se dejó caer en una silla y sepultando la cabeza entre las manos estalló en sollozos violentos y desgarradores.

Poco á poco se calmó, alzó su pálida frente y murmuró:

— Yo he tenido la culpa; lo he exasperado ¿acaso no debí callar?... Porque al fin casi tenía razón; yo no debí nunca escuchar á Eduardo. Me he impuesto voluntariamente una vida de martirio y mi deber es seguirla hasta el fin sin desmayar.

Aun permaneció largo rato sumida en dolorosa meditación; de cuando en cuando sus labios se movían como si orase. Tranquila al fin se levantó, bañó su rostro en agua fresca para hacer desaparecer las huellas del llanto

y luego se dirigió á la habitación de su hija.

Puedes retirarte Rita — dijo á la criada que estaba al cuidado de la niña — avísale á mamá que acompañe al señor á la mesa; yo voy á almorzar aquí con Cecilia.

La muchacha miró á su señora, de cuyo rostro no habían desaparecido totalmente las huellas del llanto, y pensó que algún disgusto había entre los esposos; pero sin atreverse á decir nada salió para ejecutar las órdenes recibidas.

— ¿Ha estado papá á verte? — preguntó Margarita á Cecilia, después de besarla con tiernísima efusión, como buscando en aquel cariño la compensación de sus penas.

— ¡Sí! — contestó la niña.

— ¿Qué te dijo?

— Me besó mucho... mucho... y después me preguntó si mi padrino venía á verme.

Una sonrisa despreciativa se dibujó en los labios de Margarita; la niña continuó:

— Yo le dije que no, porque es muy malo; pero que lo iba á mandar buscar con Rita ó mejor irás tú á decirle que venga ¿no es verdad, mamita?

La señora de Real se estremeció y para variar las ideas de la niña empezó á relatarle uno de esos cuentos maravillosos y fantásticos que hacen la delicia de los pequeñuelos y de que todas las madres tienen repertorio inagotable.

## XIV

## ¡ADIÓS Á LA PATRIA!

Unas tres semanas después de estos sucesos, dos jóvenes paseaban tomados del brazo por la cubierta de un vapor, próximo á zarpar, con rumbo á Francia.

El de más edad, moreno, de facciones simpáticas, vestía riguroso luto y, más aún que por esto, por la tristeza que revelaba su rostro, conocíase que la muerte acababa de arrebatarle un ser muy querido.

El otro rubio y pálido, de aspecto más débil, por decirlo así, vestía también de negro y tenía, lo mismo que su compañero, gravados en su rostro señales inequívocas de pesar. Sin embargo, conocíase que no era uno mismo el dolor que torturaba á aquellos dos hombres; el rostro del primero revelaba uno de esos sufrimientos inmensos pero resignados; el del segundo tenía un sello de profunda é incurable desesperación.

El lector los ha conocido indudablemente: eran Héctor del Valle y Eduardo Viñas. El primero tenía la palabra:

—¡Valor, Eduardo!—decía. El hombre ha nacido para la lucha y el querer sustraerse á

ella es ir contra las leyes de la naturaleza. Eres joven, inteligente, lleno de vida, tienes el derecho y el deber de mirar hacia el porvenir con ojos menos sombríos.

—¡Eres tú quien me lo dice!...

—¡Yo, sí! Es extraño ¿verdad? que tenga que infundirte valor quien acaba de perder á la dulce y bondadosa compañera de su vida, á quien en plena felicidad le son arrebatadas no sólo la dicha largo tiempo esperada de ser padre, sino la ternura de la esposa...

Mírame, Eduardo; mira á un ser que lo ha perdido todo y ruega á Dios no te depare nunca un dolor más grande que el que sufres hoy.

—¿Acaso crees que no es mi sufrimiento mil veces mayor que el tuyo? Tú has sido durante algunos años el dueño feliz é idolatrado de la mujer que amabas; has gozado contínuamente de su presencia, de sus dulces caricias... Y ahora, al arrebatártela la muerte, te queda á lo menos el consuelo de saber que ningún otro hombre la posee y el recuerdo de tus horas de dicha. Pero yo, que jamás he oído de sus labios una palabra de amor, que la he visto esposa de otro, y, en el momento en que comprendo me ama, voy á renunciar á ella... Y ¿por qué? Por cumplir una palabra dada en un momento de exaltación. Mira, en estos instantes me digo

que soy un necio al dejarla, sin lucha, en manos de su dueño y verdugo... me pregunto si no hubiera conseguido, al fin, que me acompañara para ir á esconder nuestro amor en alguna playa extranjera, pero hospitalaria!...

—¿Conoces tan mal á la mujer que amas para creerla capaz de faltar á todos sus deberes por seguirte? ¿Piensas que un alma tan pura como la de Margarita podría resistir el peso de un amor culpable?

¡Ah, Eduardo! Da gracias al cielo que no te haya concedido el triste triunfo de seducir á esa noble y virtuosa criatura, pues tu mayor castigo hubiera sido verla morir de dolor y de vergüenza junto á ti.

—¡Tienes razón! Reconozco que soy un verdadero insensato al expresarme de esa manera; pero sufro tanto que mis palabras no tienen valor alguno. Debo dejarla tranquila, que me olvide y sea feliz con su hija, con la hija del otro... Le sacrifico todo mi amor, la patria, los amigos... y quizás, dentro de algunos meses, no existirá en su alma ni el más leve recuerdo para el pobre desterrado! ¡No importa! Deber cumplido, alma satisfecha ¿no es así?

Toma, — agregó buscando en su cartera una carta y entregándola á Héctor—aquí va mi último adios. Prométeme que la harás llegar á sus manos...

—Te lo prometo. Ahora, mi querido Eduardo, busca en la satisfacción del deber cumplido, como tú dices, el mejor alivio para tus penas. Doquiera vayas trata de hacer honor por tus virtudes é inteligencia á la patria que dejas; y... si quieres un consejo, que aunque no será de tu agrado, lo dicta la prudencia, procura olvidarla y que te olvide.

—¡Jamás! — exclamó Eduardo con arrebato—eso sería indigno de ella y de mí.

—Sería mejor para ambos... ¿qué esperas? Que Margarita sea libre; pero ¿lo será algún día? Su marido aunque mucho mayor que ella, no es un anciano; puede vivir veinte, treinta años más... Y entretanto, ¿has de malgastar tu juventud, tu vida, renunciando á los goces del amor, de la familia, por vivir encadenado con un amor imposible? .. En cuanto á ella, para sobrellevar su vida de martirio, es mejor que tenga el corazón libre; tu amor sólo puede aumentar sus penas; ¡Sólo en el de su hija hallará consuelo y felicidad!

—Indudablemente tienes razón, la cordura habla por tu boca, pero siento que no puedo, que no podré jamás olvidar á Margarita. ¡Que me olvide ella! No haré nada para impedirlo ni me quejaré; pero yo la amaré hasta la última hora de mi vida.

Héctor no insistió, pero en sus labios vagó

una melancólica sonrisa que hubiera podido traducirse por «¿quién sabe?»

A un alma menos soñadora pero más serena y mejor templada que la de Eduardo, unía la experiencia de sus treinta años, que le hizo dar á las protestas de su enamorado amigo su justo y verdadero valor.

—¿Escribirás á menudo?—le preguntó.

—Indudablemente, pero sólo á ti. Así como eres el único que sabes á donde me dirijo, sólo tú tendrás noticias mías y ..—agregó con tono suplicante ¡háblame siempre de ella!

—Te lo prometo... y ahora,—agregó Héctor consultando su reloj—adiós mi pobre amigo; la hora de partir se acerca.

—¡Adiós!—contestó Eduardo llorando y estrechándolo entre sus brazos.

Héctor, siempre el más fuerte, fué el primero en vencer su emoción; estrechó por última vez la mano de su amigo y descendió al vaporcito que lo esperaba para conducirlo á tierra.

Eduardo permaneció asomado á la barandilla del buque, agitando de cuando en cuando su pañuelo, mientras el vaporcito que conducía á Héctor se alejaba velozmente... De pronto un fuerte silbato lo hizo estremecer: el buque iba á ponerse en marcha.

Entonces parecióle que una mano de hie-

rro oprimía su corazón y murmuró sordamente:

—¡Patria, amor, amistad, fantasmas encantados de mi juventud, adiós para siempre! Vuestro recuerdo endulzará las horas de mi voluntario ostracismo.

Sacó de su cartera un ramito de secas violetas, único recuerdo que poseía de la mujer amada y sollozando lo llevó á los labios.

El buque empezaba á deslizarse, gallardamente sobre las tranquilas aguas.

## XV

## SIEMPRE LA MISMA CRUZ

A partir de aquel día, nadie supo lo que había sido de Eduardo y su recuerdo, revistiendo formas ideales en el corazón de Margarita llegó á convertirse en el más puro de los ensueños.

Toda imaginación de mujer joven tiene su héroe; en la de Margarita llegó á serlo Eduardo. Y, aunque sabemos que este héroe, á pesar de sus buenas cualidades, no estaba exento de defectos, ella no los reconocía; por el contrario complacíase en adorarlo con todos los méritos y todas las virtudes.

Y sin embargo, ¿podía afirmarse que la in-

fortunada joven amaba con frenesí á Eduardo?... Sin temor de equivocarme diré que no: sólo podía *llegar á amarle.*

Aquel cariño que no tenía más perspectiva que una criminal correspondencia ó un incíerto porvenir, no era posible qne se revistiera con caracteres de pasión en un alma pura y sensata como la de la señora de Real.

A ser libre, hubiera amado con toda su alma á su compañero de infancia, casada, comprendía que cada pensamiento que le dedicaba era una falta y procuraba apartarlo de su imaginación. Así que aquel amor, tan combatido, no podía desarrollarse y sólo existía en germen; germen dispuesto sin duda á convertirse en lozana planta, si llegaba un día en que pudiera ostentarse inmaculado á los ojos de Dios y de los hombres.

Margarita solía pensar en Eduardo por causa de la orfandad dolorosa de su alma; aquella mujer joven y tierna, que era esposa y madre sin haber conocido lo más bello de la existencia: el amor, tenía que volverse á él por una justa ley de la naturaleza. A ser su esposo un hombre educado y bueno, Margarita á pesar de la diferencia de edades lo hubiera querido; quizás no con esa pasión avasalladora, que es á la vez paraíso é infierno de las almas, sino con ese afecto tranquilo que inspiran siempre los seres delica-

dos y nobles y que quizás es el único que da la dicha verdadera.

Margarita no amaba á su marido porque éste, rudo y grosero, la trataba de tal modo que ella no creía en su cariño ó á lo menos lo consideraba una pasión material que hería sus sentimientos más delicados. Y por eso mismo, haciendo involuntaria comparación entre los dos hombres que la habían amado, su alma volaba á Eduardo, mientras el deber y la triste realidad la retenían junto al que había jurado cariño al pie de los altares,

Dos años más transcurrieron así; dos años de abnegados sufrimientos por parte de la pobre joven, que soportaba sin quejarse la cruz que la Providencia cargaba sobre sus débiles hombros. Más de una vez la idea de separarse de su marido cruzó por su imaginación; pero dos consideraciones la detuvieron. Primero que tendría que separarse de Cecilia ó separarla del que, no por ser un esposo tirano, dejaba de ser un padre excelente; y segundo el recuerdo de los beneficios que debía su familia á don Pedro.

Comprendió que aquella cadena sólo la muerte podía desatarla... y se resignó.

Sus hermanos Rodolfo y Julieta se casaron: y en aquellos modestos hogares, que el amor había formado, la pobre Margarita aprendió

cuanta dicha perdiera el día que, aconsejada por su abnegación, unió su suerte á la de don Pedro.

La señora de Real se consagró por completo á su hija, ¡único rayo de luz que iluminaba su existencia! Dirigía sus primeros estudios, tomaba parte en sus juegos y trataba por todos los medios posibles de desarrollar en aquel tierno corazón los gérmenes de la virtud.

En tan dulces tareas encontraba la compensación de su largo infortunio; pero no pocas veces la inocente Cecilia fué causa de desavenencias en aquel desdichado matrimonio. Real, celoso de todo afecto, llegó á amenazar á la joven con separarla de su hijita, porque «la quería más que á él» pero, ya fuera amenaza vana ó temor, jamás lo hizo. Bien es verdad que Margarita defendió como una leona sus derechos de madre y aseguró á su marido que lo abandonaría si llegaba á privarla de la dicha de poder educar á su hija.

Para poner un sello á tantos sinsabores, la salud de don Pedro se resintió y su carácter, ya agrio de por sí, se tornó insoportable.

Por mucho tiempo nadie sospechó la gravedad del mal que le aquejaba, pues rudo hasta para sí mismo, no concedió importancia á su enfermedad ni consultó á los médicos, en los que no creía, ni comunicó á su familia sus padecimientos.

Sólo unos meses antes del día en que vuelvo á reanudar esta historia, don Pedro alarmado por el incremento que tomaba su enfermedad habló de ella á su esposa y ésta consultó inmediatamente á un médico á pesar de la decidida oposición del enfermo.

El dictamen de la ciencia no fué favorable. Tratábase de una antigua enfermedad al corazón, que se había agravado con el golpe que recibiera don Pedro á la muerte de su hija. Los distintos médicos que consultó Margarita opinaron con çorta diferencia lo mismo: que la vida del enfermo podía prolongarse muchos años como también extinguirse de un momento á otro. Recomendaron calma absoluta, nada de emociones; pero el carácter del enfermo era el menos á propósito para semejante régimen.

Al fin don Pedro vióse obligado á guardar cama, por repentina gravedad de su estado; y entonces pudo contemplar á su esposa, siempre á su lado, como un ángel de caridad, brindándole los menores deseos y endulzando por todos los medios posibles sus tristes horas de enfermo.

Como si ante la luz de la otra vida, se hubieran disipado las nieblas que oscurecían su alma ignorante y ardiente, don Pedro experimentaba una gran turbación al ver á la generosa criatura, que era compañera de su

vida y que, olvidando todos los agravios que él la infiriera, le prodigaba exquisitos cuidados y aún una ternura compasiva que no tenía derecho á esperar.

Real comprendía recién á su esposa y se decía que á costa de muy pocos esfuerzos hubiera ganado aquella alma inocente y buena, rodeándola de ternura y delicadeza, en vez de atormentarla á la vez con una pasión grosera y con los más crueles tratamientos.

Un gran arrepentimiento, mezclado de ternura, iba abriéndose paso en el corazón de don Pedro y recibía con gratitud confusa los cuidados de Margarita, á la que sin embargo solía aún atormentar en sus delirios de enfermo caprichoso y malo.

Margarita al comprender que su marido se moría no cometió la indignidad de alegrarse; por el contrario rogó á Dios conservara la vida del que la había hecho sufrir tanto pero que al fin era el bienhechor de su familia y el padre de Cecilia.

Fuera del cariño de su hija había renunciado á toda esperanza de dicha; la idea de ser libre no la alegraba, y en cuanto á Eduardo era sólo una dulce visión de los primeros años. ¡Quizás él no fuera libre ya! ¡Quizás en la tierra donde había ido á buscar olvido á sus dolores, amaba y era amado,

sin remordimientos, sin obstáculos, como ansiaba y merecía ser amado!

## XVI

## FIN DE UNA VIDA

Es de noche: la débil luz de una lamparilla, alumbrando apenas un lujoso aposento, permite distinguir la bella figura de una mujer sentada en actitud melancólica junto al lecho de un enfermo, cuya fatigosa respiración es lo único que turba ese triste silencio, compañero inseparable del dolor y la enfermedad.

La mujer es Margarita; el enfermo su marido.

Dormía don Pedro con intranquilo sueño y Margarita, después de enviar á descansar á las personas de su familia, que compartían con ella la asistencia del enfermo, velaba sola, junto al lecho del dolor.

La joven meditaba... ¿en qué? En su corta y triste vida, en la que, para muy pocas flores, había recogido espinas innumerables, en su vida de contínuo sacrificio en la que, á no sostenerla Dios y el cariño de su hija, hubiera sucumbido quizás.

Poco á poco, ya fuera por la soledad y el

abandono en que se hallaba, ya porque jamás había logrado borrar enteramente de su alma la imagen de Eduardo, su pensamiento voló á él.

Evocó las horas de la infancia, esas horas tranquilas y dulces que son las mejores de la vida, y lo vió compartiendo sus juegos, dócil á sus pequeños caprichos de niña, pronto siempre á renunciar á lo que más le agradaba por complacerla. Después, algo más grave, pero siempre solícito y afectuoso, cuando entraron en la adolescencia, ocultando bajo las apariencias de amistad un sentimiento mucho más profundo que ella inocente é inexperta no había sabido comprender. Volvió á ver en su menores detalles la escena á la vez peligrosa y dulce en la que Eduardo le reveló su amor, incapaz de resistir por más tiempo al peso del secreto que lo ahogaba; pero había sido también en esta ocasión generoso y noble. Haciendo justicia á la honradez de la que amaba no había vuelto á pretender turbar la paz de su corazón. Se había impuesto el destierro por dejarla tranquila y en su carta de despedida (que Margarita tuvo la firmeza de destruir) le prometía y exigía solamente el puro amor de las almas que no puede ser criminal, porque es como se aman, sin duda, los ángeles en el cielo.

—¿Qué había sido de Eduardo?.. ¿la había olvidado? Era lo más probable. ¿Lo culparía por eso? ¿Podía pretender acaso que viviera encadenado por un amor imposible? . ¡No! Si le había sido infiel ella lo perdonaba y no por eso dejaría de quererlo como al único amigo de su infancia y juventud,

De pronto una voz doliente interrumpió sus sueños; era el enfermo que llamaba:

—¡Margarita!

La joven se estremeció, como si su esposo hubiera podido leer en su pensamiento. Avergonzada de sí misma se apresuró á contestar:

—¡Aquí estoy Pedro!

El la miró un instante con triste ternura y se incorporó trabajosamente; Margarita lo sostuvo arreglándole las almohadas, como hubiera podido hacerlo con un niño. Don Pedro la dejó hacer y luego con una voz que no parecía suya, tanto era de tierna y de dulce, murmuró:

—¡Cuánto debes aburrirte á mi lado, pobre Margarita!

—¡Es posible que puedas pensar eso, Pedro!... respondió la joven en cuya alma generosa penetró como un dardo aquel acento dolorido.

—Es que yo he sido muy malo contigo, pobrecita, y deberías aborrecerme...

— Pedro, — interrumpió ella con angustia — no sigas, me haces sufrir al hablar así.

— ¡ No ! Déjame hablar, porque eso me alivia, — y tomando la linda mano de su esposa entre las suyas enflaquecidas, prosiguió : — ¡ Cosa extraña ! Sólo cuando se va á morir, se ven las cosas tales como son.

Yo no pensaba antes así ; pero ahora comprendo que fué una locura pretender que me quisieras, Margarita. Tú eras una niña y yo casi un viejo y, además, bruto y malo... Te he hecho muy desgraciada, no he tenido piedad de tus sueños de niña ; pero, creéme, yo tampoco he sido nunca feliz. Mi primera esposa no me quería tampoco ; se casó conmigo por complacer á sus padres ; pero quería á otro que había muerto y á quien ella no podía olvidar. ¡ Cuánto odié á ese muerto que no tenía la culpa de mis tormentos y cuánto la mortifiqué á ella por ese recuerdo que yo suponía, conservaba en su corazón ! La hice desgraciada como á ti, quizás más aún ; y creo que murió de pena. Después me casé contigo porque como eras una niña pensé que no habías querido y podrías amarme ; pero yo no he sabido inspirar cariño ni á ti ni á la otra.

Ya no tiene remedio ; pero te pido me perdones para poder morir tranquilo.

— ¡ Pedro ! — dijo Margarita llorando y con

generoso arranque — nada tengo que perdonarte y sí, mucho que agracecer por tus beneficios. No morirás; vivirás para nuestra hija y para mí. ¿Dices que has sido malo? Yo también lo he sido por no saber quererte ni hacerte feliz; pero no importa: todo ha pasado. ¡Ah! si siempre me hubieras hablado así nuestra vida hubiera sido otra! Desde hoy la emprederemos nuevamente, te querré mucho y seremos dichosos al fin!

El enfermo la escuchaba extasiado; una luz sobrenatural animaba sus negros ojos. Su rostro, transfigurado por uua dicha inefable estaba casi hermoso... Con voz que los sollozos ahogaban murmuró:

—¡Gracias, mi Margarita, gracias! Eres buena, muy buena; pero yo no alcanzaré ni merezco esa dicha que me ofreces. Pronto quedarás libre y entonces trata de ser feliz, cásate de nuevo; en ese otro mundo de que tanto me has hablado no tendré celos...

Margarita depositó un beso en la frente de su marido y le dijo muy conmovida:

—Deja esas tristes ideas, mi pobre Pedro. Dios te concederá la vida y yo se lo pido de todo corazón. Ahora duerme, estas emociones te hacen daño.

Dócil como un niño él cerro los ojos y muy pronto su débil respiración anunció á Margarita que dormía, entonces la joven se

puso á contemplar con honda tristeza aquel semblante demacrado que anunciaba claramente un fin próximo.

Una tierna piedad por el hombre que la había hecho desgraciada, pero que la había amado mucho, invadió su alma y murmuró llorando:

Ha sido mi bienhechor y no he sabido amarle... ¡Yo sov más culpable que él!...

Ocho días después, Margarita era viuda.

Los últimos días de don Pedro fueron los más dichosos de su existencia. Confortado por la religión y el cariño de Margarita, expiró con el alma llena de una dulce serenidad, sintiendo entre las suyas las manos de su esposa y de su hija.

Margarita le lloró sinceramente. El cambio que en los últimos tiempos se efectuara en el carácter de don Pedro y la compasión que experimentó al comprender cuanto había sufrido, abrieron paso al cariño en el alma pura y noble de la joven; de manera que las lágrimas que derramó no fueron motivadas por la necesidad de fingir ante el mundo sino hijas de un dolor verdadero.

## XVII

## NOTICIAS DEL AUSENTE

Héctor del Valle, á quien el lector no habrá olvidado tal vez, se hallaba en su escritorio, como tres meses después de la muerte de don Pedro, cuando entró un sirviente trayendo una carta.

Héctor miró la letra del sobre y exclamó:

—¡Por fin resucita Eduardo! Sin duda ha recibido la carta que le escribí, anunciándole la muerte de don Pedro, y manda decir que viene, dispuesto á casarse con Margarita.

Rompió ligeramente la cubierta y se puso á leer lo que sigue:

Paris, Mayo 20 de 18...

Mi querido Héctor:

He recibido la tuya, en que tan graves acontecimientos me comunicas.

Ignoro cómo te has arreglado para averiguar mi dirección y debo ante todo explicarte el porqué de mi conducta en estos dos años, en que, según tú, me he olvidado de los amigos hasta el punto de no escribirles

ni aún enviarles mis señas, para que pudieran escribirme.

Tú sabes en que estado de ánimo me ausenté de Montevideo, después de mi última entrevista con Margarita, entrevista que en todos sus detalles, también conoces.

Pero lo que no sabes es que, no bien mis plantas pisaron tierra extraña, un deseo loco, insensato de volver á la patria y junto á « ella » se apoderó de mí.

Nunca imaginarás, Héctor, qué fuerza de voluntad necesité para resistir á la tentación, ni los tormentos y angustias que sufrí y que estuvieron á punto de echar por tierra todos mis buenos y juiciosos propósitos.

Entonces, recordando tus consejos, traté no de olvidarla, pero sí de idealizar su recuerdo; y para eso juzgué que el mejor medio era aislarme de todo lo que pudiera recordármela. Formé, pues, el propósito de no escribirte ni enviarte mi dirección, hasta el día en que se hubiera apagado un tanto el fuego que devoraba mi alma.

Comprendía que á la primera carta en q e me dijeras: « es siempre desgraciada », « sufre », volaría de nuevo junto á ella y trataría por todos los medios posibles de conseguir su amor. ¡ Y esto hubiera sido corresponder indignamente á su noble confianza, faltar á todos mis deberes de caballero ! Resolví seguir luchando... y luché.

Poco á poco la calma fué renaciendo en mi corazón; mi amor purificado por el sentimiento se fué transformando en un sentimiento grave, noble y dulce...

¡Recordando á Margarita ya no sufría! ¿Por qué no te escribí entonces? Pronto lo sabrás?

¡Ah si yo hubiera podido adivinar lo que el porvenir se reservaba, en estos momentos me dispondría á ir á Montevideo para reclamar la mano de Margarita; pero, mi buen amigo, esto no es posible ya!... Un compromiso, una palabra, de cuyo cumplimiento no puedo eludirme, sin ser un miserable, unirá muy pronto mi destino al de otra mujer.

«¿Cómo es eso?» te preguntarás, sin duda, «¿cómo Eduardo habiendo amado tanto á Margarita va á casarse con otra, sabiendo que ella es libre, al fin?» ¡Mi destino lo quiere así!

Tú sabes que al llegar aquí, fuera del dinero para las primeras necesidades, y mi carrera, nada poseía.

Mi primer cuidado fué buscar á un señor Uruguayo, antiguo amigo de mi padre y residente aquí desde hace largos años para que me ayudara en la vida de lucha que estaba resuelto á emprender. El buen señor me recibió como á un hijo y ya no quiso que dejara su casa. Gracias á él se me abrieron to-

das las puertas y pude trabajar con mediano éxito, primero, y excelente, después.

Tenía mi protector una hija única, lindísima y adorada, que arrastraba lánguidamente una existencia de enferma. Distraer á la pobre niña fué para mí, primero, un deber, luego un alivio á mis dolores y, por último, lo confieso, á pesar de lo fija que estaba en mi alma la imagen de Margarita, una tarea grata á mi corazón.

Lina, que así se llama mi futura, me recibía siempre con visible placer y las horas que pasaba á mi lado parecían las más felices de su existencia.

Un día, como seis meses después de mi llegada á París, mi protector me hizo llamar á su despacho. Estaba muy conmovido y comprendí que algo grave tenía que comunicarme; haciendo un esfuerzo para parecer tranquilo me dijo: « Eduardo, lo he llamado para decirle algo que, según las conveniencias sociales no debería jamás salir de mis labios; pero se trata de la vida de mi hija... y no vacilo. En pocas palabras: mi pobre Lina ama á usted ». Yo hice un movimiento de sorpresa, él continuó: « sé que es una pobre enferma y sería una carga para un hombre pobre; pero yo soy muy rico y todo lo que poseo es de mi hija. Los médicos dicen que una vida tranquila y feliz puede salvarla;

pero que una pena la mataría en poco tiempo. ¿ Quiere ser usted el salvador de mi hija ? ¿ quiere usted llamarse hijo mío?... »

El pobre anciano casi lloraba al decirme esto. Yo, por un momento, no supe qué contestar ; « ella », la otra, pasó como un relámpago por mi imaginación ; pero ¿ podía causar la muerte de Lina y la desesperación de sus padres, que me habían colmado de beneficios ?... Sin embargo, pensé que debía ser franco y decidí confiarme á la experiencia del anciano.

Menos el nombre de la mujer amada, se lo revelé todo y al terminar le dije : « Quiero tiernamente á Lina como á una amiga, como á una hermana, pero con este solo cariño temo no hacerla completamente feliz ; ¿ quiere usted darme tiempo para acostumbrarme á mirarla como futura esposa ? ¿ quiere ayudarme á vencer mi imposible amor, con el de ese ángel, que es su hija ?... »

El anciano muy conmovido me abrazó : « Es usted leal » me dijo. « ¡ Sí ! trate de vencer esa pasión que, (no crea me llevan fines egoístas ) no puede proporcionarle más que sinsabores. Entre tanto siga siendo para Lina lo que hasta aquí ; la pobrecita ignora este paso. En su inexperiencia, se cree amada y... siempre será demasiado pronto para desengañarla ».

Desde aquel día reflexioné profundamente. Mi vida helada en el extranjero era muy infeliz; lejos de la patria, de los amigos más queridos, pensé cuanto variaría el curso de mi existencia, la ternura de una esposa... las gracias de los hijos.

A Margarita había elegido mi corazón; pero ¿quién me aseguraba que no blanquearían mis cabellos y se consumiría mi vida antes de que ella fuera libre, caso de que llegara á serlo algún día?...

No me culpes, Héctor. ¡A nuestra edad el alma no puede vivir tan sola! A los veinte años nos conformamos con un ideal imposible; después de pasar los veinticinco hallamos que ese ideal no basta ya y sentimos la necesidad de un afecto más conforme con las realidades de la vida. Cerca de Margarita me era imposible olvidarla; pero la distancia... la reflexión, son grandes agentes del olvido; y una vez dado el primer paso para borrar el pasado, no son tan difíciles los demás.

Pasados tres meses dije al padre de Lina que me consideraba capaz de amarla como se merecía y solicité su mano. Entonces más que nunca comprendí la necesidad de que se me olvidara, de que se me creyera muerto. quizá. Y seguí guardando silencio.

Poco tengo ya que añadir. Lina á quien

la felicidad ha devuelto casi por completo la salud, será pronto mi esposa. Te confieso que, al saber que Margarita es libre, mi corazón ha latido con violencia: la herida no está cerrada aún... pero Lina es un pobre ángel á quien mi desamor causaría la muerte.

Díle á «ella» que me perdone; que deseo encuentre en su camino un hombre que la haga tan feliz como merece; conmigo quizás no lo habría sido porque, he de decírtelo todo, existe esa niña, la hija del otro á quien yo nunca podría querer. ¡Qué quieres, Eduardo! Soy celoso y ese viviente recuerdo del pasado hubiera envenenado mis horas de dicha.

¡Quizás es mejor que Dios haya dispuesto las cosas de otro modo!

Y tú... ¿no has pensado casarte de nuevo? Si algún día te cansas de estar solo, no te será difícil hallar una buena esposa. Yo la tendré dentro de poco; y, cuando el recuerdo del pasado haya desaparecido por completo de mi memoria, volveré á esa patria querida que jamás he olvidado en las horas tristes ó dulces de mi voluntario destierro.

Te abraza mil veces tu fiel.

*Eduardo.*

Héctor había leído con creciente sorpresa esta carta.

— ¡Ingrato! — murmuró al terminarla. — En ese romántico capítulo de novela, lo que hay de real y positivo, es que ha olvidado á Margarita y se casa con otra. ¡Quién le hubiera dicho á Eduardo que iba á seguir tan al pie de la letra mis consejos! ¡Cómo se habría indignado si alguien, le hubiera hecho antes de partir todas esas filosóficas reflexiones que ahora envía en su carta! ¡Poder de la ausencia, cuán grande eres!...

Sin embargo en su expresivo y simpático rostro brillaba una gran alegría; prosiguió para sí.

— ¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa por mí? ¿Por qué esta dicha que siento al pensar que ya no se casará Eduardo con Margarita? ¿Será posible que ame á esa noble mártir á quien tanto he compadecido? .. ¡Oh Juana, mi pobre Juana! ¿por qué me abandonaste? Eduardo tiene razón; el alma no puede vivir tan sola; y con su delicada insinuación parece indicarme donde puedo aún hallar la dicha. Yo haría feliz á Margarita; no soy tan neciamente celoso y amo á su hija como si fuera mía. Viudos los dos ¿por qué no hemos de formar un hogar en que, al calor de nuevas afecciones revivan nuestras almas heladas tanto tiempo; la mía por la muerte, la

de ella por su desgraciado matrimonio?...

Después de estas reflexiones y de haber luchado algún tiempo consigo mismo, Héctor fué á ver á Margarita.

La joven lo recibió con la fraternal y amistosa confianza que siempre le había dispensado; Cecilia le saltó al cuello y él la besó con el mayor cariño.

— Margarita, — dijo Héctor después de algunas frases sin importancia — hoy no es sólo el placer de ver á usted lo que me trae por aquí. Soy portador de una noticia que temo pueda ocasionarle algún pesar.

Y como la joven le mirara inquieta, agregó:

— Lea esta carta que he recibido y que la enterará mejor que mis palabras de lo que quiero decirle.

Margarita tomó el sobre palideciendo y enrojeciendo sucesivamente: había reconocido la letra de Eduardo.

Empezó á leer con aparente serenidad; pero á medida que iba avanzando en la lectura, el temblor de sus manos indicaba la emoción de que estaba poseída.

Héctor, que la observaba con doloroso afán, la vió sin embargo serenarse gradualmente. Al terminar la lectura estaba tranquila y una melancólica sonrisa vagaba en sus labios.

— Veo, Héctor, que usted está enterado de todo — dijo devolviendo la carta al joven.

Así que solo le rogaré escriba á Eduardo que nada tengo que perdonarle y que le deseo, con toda mi alma, sea dichoso.

Los sueños que pudo abrigar mi corazón no tienen importancia alguna; yo tengo bastante para ser felíz con el cariño de Cecilia. Dígale además, para que quede más tranquilo que yo nunca me hubiera casado con un hombre que no quiere á mi hija. Esto pasará, — añadió poniendo la mano sobre su corazón que latía algo dolorosamente, y dirigiéndose á su hija que jugaba á algunos pasos de ella, le dijo:

— Cecilia, tu padrino ha escrito y ahora Héctor va á escribirle á él. ¿No es verdad que le mandas un beso y le deseas que sea feliz?

— ¡Sí! — contestó la niña — pero ¿por qué no viene? Yo no tengo ahora papá y quiero que lo sea él.

— Eso no es posible, querido ángel; — dijo Margarita emocionada — tu padrino va á casarse, tendrá otros niños y no puede ser tu papá.

— ¡Qué malo! Pero, no importa; tu serás mi papá ¿verdad, Héctor? y vendrás á acompañar á mamita.

— ¿Quieres callar, niña? Eres una charlatana, — dijo Margarita confusa y ruborizada.

— ¿Y por qué no ha de tener razón esa ino-

cente? — dijo Héctor en voz baja y apasionada — Margarita, usted es demasiado joven y hermosa; necesita un apoyo, Cecilia un padre... Usted dice que no se casará con un hombre que no quiera á su hija. Yo, amiga mía, lo juro por el cariño que la profeso, sería para Cecilia el mejor de los padres. ¿No me contesta usted? ¿la he disgustado, acaso?

— No, mi bueno y generoso Héctor; pero yo no puedo aceptar ese cariño sin recompensarlo con el mío. Le aseguro, que si yo puedo amar algún día, usted será el único hombre capaz de inspirarme confianza.

¿Quiere usted seguir siendo mi amigo como hasta aquí y esperar?

— ¡Sí! — exclamó Héctor con alegría, estrechando una mano de Margarita — esperaré porque algo me dice que usted no será insensible al amor que ha sabido despertar en mi alma.

---

# EPÍLOGO

En el dichoso hogar formado por Héctor y Margarita se preparaba una interesante fiesta para solemnizar los quince años de Cecilia.

Dos años después de la muerte de don Pedro, Margarita había concedido su mano á Héctor, amándole á su vez con toda el alma; y desde entonces la felicidad más completa reinaba en aquel matrimonio.

Cecilia era para Héctor una hija querida y nunca tuvo motivos para quejarse ni para sentir celos de otros hermanitos que el cielo le concediera.

En cuanto á Margarita era tan feliz en su segundo matrimonio, que hasta olvidó los sufrimientos del primero y sólo como un mal sueño existían en su memoria los años de su primera juventud.

Eduardo Viñas, en compañía de su esposa é hijos, volvió á la patria, pocos días antes del señalado para la fiesta que los esposos del Valle ofrecían á sus relaciones en honor de Cecilia. Invitado por Héctor se preparaba

á asistir con Lina y pensaba con cierta emoción en el momento en que volvería á ver á Margarita.

Cuando se halló en su presencia no pudo menos de notar como su corazón latía más aprisa que de ordinario; Margarita en cambio permaneció perfectamente tranquila y acogió con las mayores muestras de simpatía á la esposa de Eduardo, encontrándola encantadora con sus rubios cabellos, sus grandes ojos azules y su delicada palidez.

Lina por su parte, habló con entusiasmo á Eduardo de la espléndida belleza de Margarita, que los años, en vez de disminuir parecían aumentar; pero ni por un instante imaginó que aquella belleza fué, en un tiempo, objeto de la adoración de su marido.

—Y bien, ¿qué te ha dicho Eduardo?—preguntó Héctor á su esposa, una vez solos, después de terminada la fiesta.

—Hemos hablado como dos buenos amigos de ti, de su esposa y de nuestros hijos. Encontró muy linda á Cecilia y me confesó riendo que hoy la ha besado por primera vez de corazón.

—Entonces ¿no recuerda el pasado?

—Es demasiado feliz para eso.

—Y tú,—agregó Héctor sintiendo por vez primera en su corazón algo muy parecido á los celos,—¿lo has olvidado también?...

—¿Yo?—contestó Margarita, con cierta coquetería.—¡no señor! Yo lo recuerdo á veces;—y como Héctor la mirara inquieto, agregó con adorable sonrisa—pero es para poder apreciar mejor mi felicidad presente.

Héctor la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión; disipóse la ligera nubecilla de los celos y volvió á brillar, en el cielo de sus almas, el sol de la felicidad.



# O. M. BERTANI, Editor

Calle SARANDI, 240 — MONTEVIDEO

## OBRAS PUBLICADAS

### Autores nacionales:

| | |
|---|---|
| ARMANDO VASSEUR, Cantos Augurales (poesías) — — | $ 0.50 |
| M. PÉREZ Y CURIS, Rosa Ignea (2.ª edición) — — — | » 0.25 |
| MANUEL MEDINA BETANCORT, Cuentos al Corazón, 5.ª Edición (Ilustraciones de A. Goby) — — — — — | » 0.40 |
| PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA, Fanfarria de Prejuicios — | » 0.50 |
| EMILIO FRUGONI, El Eterno Cantar, 3.ª Edición, (Ilustración de A. Goby) — — — — — — — — — — — — | » 0.60 |
| ENRIQUE GRUNTZ, En el tálamo del amor (ilustración de A. Goby) — — — — — — — — — — — — — — | » 0.60 |
| ANGEL FALCO, Ave Francia (prosa y poesía) — — — — | » 0.10 |
| » » Garibaldi (poema) — — — — — — — — | » 0.25 |
| » » Vida que canta (poesías) — — — — — — | » 0.40 |
| ISIDRO RODRÍGUEZ MARTÍN, Alma trágica — — — — — | » 0.30 |
| ILLA MORENO, Rubíes y Amatistas (poesías) — — — — | » 0.70 |
| EDUARDO GANDOLFO, De Ayer (versos) — — — — — | » 0.50 |
| CARLOS ROXLO, El libro de las rimas (en rústica) — — | » 0.60 |
| » » » » » » (en tela/, buena encuadernación — — | » 1.00 |
| CÉSAR MIRANDA, Las Leyendas del Alma (agotado) — — | |
| JOSÉ L. GOMENSORO, El país que se ama (cuentos) — — | » 0.40 |
| DELMIRA AGUSTINI, El Libro Blanco (poesías) — — — | » 0.50 |
| FEDERICO GIRALDI, Mirim poesías) — — — — — — — | » 0.10 |
| ROBERTO DE LAS CARRERAS, Suspiro á una palmera (poema) | » 1.00 |
| ANDRÉS T. GOMENSORO, Rumbo al Sol — — — — — — — | » 0.40 |
| MARÍA MORRISON DE PARKER, El padrino de Cecilia (novela) — — — — — — — — — — — — — — — — | » 0.40 |

BIBLIOTECA TEATRO URUGUAYO

| | |
|---|---|
| ISMAEL CORTINAS, El Credo (comedia en un acto) — — | » 0.25 |
| LUIS SCARZOLO TRAVIESO, Cabecita loca — — — — | » 0.25 |

### Autores extranjeros:

| | |
|---|---|
| MAX PEMBERTON, El Pirata de Hierro — — — — — — — — | » 0.30 |
| GUY BOOTHBY, La venganza del Dr. Nicola — — — — — | » 0.25 |
| LE BLANC, Aventuras de Arsenio Lupin (La dama rubia) | » 0.20 |
| GASTON LEROUX, El Misterio del Cuarto Amarillo — — | » 0.25 |
| » » El hombre que vió al Diablo — — — | » 0.15 |
| **El perfume de la dama vestida de negro — — — — — — —** | **» 0.25** |